

Reseñas de Libros / Book Reviews

Ali, Tariq, *Bush en Babilonia. La recolonización de Irak*. Madrid, Alianza Editorial, 2004, 286 pp.

Por Alfonso Galindo Lucas
(Universidad de Cádiz)

La ficción a veces es más veraz que la historia". Es la hipótesis recogida en las páginas del nuevo libro de Tariq Ali, para criticar las versiones oficiales de la historia y reivindicar, en gran medida, su vocación literaria, a pesar de que en esta ocasión se trata de un análisis formidable de la historia actual de Irak. Pocas veces un trabajo repleto de información y de una secuencia de razonamientos inapelables fue tan rápido de leer como una novela. Inserta deliberadamente fragmentos de poemas o de narraciones y ejemplifica la necesidad del historiador de buscar en la literatura los datos que faltan acerca de personajes o hechos reales.

Aunque tarde o temprano encontraremos en las enciclopedias la reseña biográfica de Tariq Ali, es obligado decir que es de origen paquistaní y estudió en Oxford. Su abuelo fue primer ministro del Punjab en 1937. Vive en Londres y se dedica a escribir y producir para el cine, el teatro y la televisión y es redactor del periódico. Asume la edición de la versión original de este libro.

En 1992 obtuvo un éxito incontestable con *A la sombra del Granado*, la novela que hace llorar a cristianos y ateos, a pesar de narrar la derrota de Granada desde el lado de los musulmanes. Obtuvo por ella un premio denominado "Arzobispo San Clemente" en 1994. En su famosa novela pone de manifiesto la misma idea con la que se inicia su última obra: Los propios defectos internos de la nación árabe son los mejores aliados del enemigo. "Sadam Hussein y Hafez al-Asad [...] utilizaban la retórica antiimperialista en público a la vez que procuraban agradar a Estados Unidos en privado". "Teníamos que haber llegado hasta Nôtre Dame", dice uno de los personajes de

Granada y en Praga, un documento interno del Partido Comunista Iraquí asegura "de haber desatado una guerra civil, habría redundado en nuestro favor y no se habría convertido en la espantosa carnicería...". Es la misma idea. Ahora podríamos estar en la España musulmana, si no fuera por un avatar de la historia (América Latina, por lo tanto, también sería musulmana) y, por una fracción de historia, una milésima de acontecimiento, hoy la globalización es un fenómeno capitalista, en vez de ser comunista y por eso ahora pensamos que el "mercado" es nuestro estado natural.

Es, al fin y al cabo, el reconocimiento de que la historia la estamos haciendo, a pesar de que tengamos la sensación de que las cosas ocurren porque no podrían haber sido de otro modo. La historia se hace en cada momento y en este libro se narra como Historia continua. Los famosos puntos de corte, las imaginarias "divisorias" evocadas por algún gurú del capitalismo, como Drucker (1988), aquí se eluden con un resultado asombrosamente fácil de aprehender.

El autor se las arregla para hacer que los muertos sigan desempeñando un papel relevante más allá de la fecha de su recrológica, relaciona la ocupación británica con la actual invasión de Irak y con toda la historia de Mesopotamia, hasta el punto de presentar a los Bush como enemigos de la Babilonia Bíblica. Como ocurrió en la quema de libros en Granada, la gran "cruzada" del siglo XXI tiene como uno de sus objetivos destruir archivos; borrar la historia.

Además de la perspectiva temporal, el análisis abarca todos los términos geográficos: "La ofensiva del Ejército Rojo, que terminó en Berlín, tuvo repercusiones mundiales...". Ahora nadie lo pone en duda, aunque hace unas décadas, la Historia más reactiva podría preguntarse qué tiene que ver la Europa de los años 40 con las invasiones de Bush.

Sin embargo, es necesario insistir en que *Bush en Babilonia* es un único análisis de cómo se ha

llegado a la situación actual en Irak, no es una perorata descriptiva al estilo de las caracterizaciones del sistema capitalista que proliferan en las librerías occidentales; de hecho, es un libro bastante corto y contundente.

En cierto modo, es una prolongación o complemento de una obra más extensa: *El choque de los fundamentalismos*, de 2002, en el que busca explicaciones para el nuevo panorama puesto de manifiesto en el atentado de Nueva York de 2001. Dichas explicaciones las encuentra en la propia historia; no se trata de un hito detonante, sino de una de las consecuencias que cabría haber previsto y, en muchos aspectos, una repetición de la historia. Las referencias históricas, sin embargo, son más apresuradas en el libro anterior, pero se defiende el retorno de la historia y se sigue haciendo ahora en este nuevo libro.

En ambos se trasluce un cierto "choque de intereses" como trasfondo del choque de fundamentalismos, pero también describe y explica los sentimientos de odio. En esta línea, califica la reciente invasión de Irak en 2003 como una "agresión" y una "venganza contra un pueblo entero", debido al dramatismo de las medidas adoptadas desde 1991 y de forma continuada contra civiles iraquíes. Habla de crímenes de guerra y a los enemigos que colaboran con Estados Unidos los denomina "chacales", "mercenarios", "traidores", "timadores", "charlatanes".

A pesar de defender la utilidad de la historia como herramienta, sabe identificar las singularidades de este Imperio y de esta invasión, con respecto a otros imperios e invasiones anteriores. Las oleadas de manifestaciones previas a la invasión de Irak suponen "la primera movilización auténticamente mundial de la historia". Eso debe saberlo bien, teniendo en cuenta que desempeñó un cierto protagonismo durante las reivindicaciones sociopolíticas de los años sesenta.

No hay que olvidar que esta obra está escrita en inglés y publicada en Reino Unido, ya que en todo momento hace extensivo al gobierno y al parlamento británico (algo menos a los servicios de inteligencia) el calificativo de "perros" y lo peor es que resulta terriblemente convincente. Arremete también contra la prensa; las "dóciles cadenas de televisión" -BBC y CNN- y contra Cofi Annan, secretario general de la ONU y

premio Nobel de la Paz (como Kissinger). Ni la Liga Árabe sale bien parada de las acusaciones.

Según su tesis, la invasión de Irak no se debe exclusivamente al petróleo y, desde luego, tampoco se debe a razones humanitarias y a la necesidad de derrocar un régimen sanguinario y totalitario (hay que recordar que una de las maniobras de Sadam Hussein para evitar lo inevitable fue someterse a una moción de censura por sufragio universal y arrasarse en las urnas y los kurdos asesinados por Sadam no son tantos si los comparamos con otros crímenes recientes). Queda descartada también, desde su inicio, la sospecha de una aparente y remota presencia de elementos que indiquen la posibilidad de utilización de armas de destrucción masiva por parte del régimen iraquí. Ni siquiera se otorga la debida importancia (para mí esto es un fallo) a las necesidades de la industria armamentística occidental, el negocio de la destrucción, sino más bien al de la reconstrucción. La invasión al parecer tiene otros motivos: Es una demostración de fuerza hacia el conjunto de las naciones, pero también es una cruzada contra el mundo árabe.

Alega que mediante presión y negociación se podía haber evitado la invasión de Kuwait e incluso la decisión del dictador de facturar en euros las exportaciones de petróleo; Hussein era un aliado en potencia para Estados Unidos y así lo demostró durante la prolongada guerra con Irán. Además, para deponer o asesinar al Sadam Hussein no había sido necesario ensañarse con la población, si se hacía el encargo a los servicios secretos y se contaba con los posibles traidores del régimen. Para Ali, lo que ha sucedido en Irak y Afganistán está muy relacionado con lo que sucede en Palestina y lo que se llevó a cabo en el Reino de Granada; es un genocidio.

El autor no oculta su talante democrático y revolucionario y su vinculación con el comunismo, reflejada en expresiones como "talón de hierro" (famosa novela marxista "de anticipación social" de Jack London). Tampoco niega su simpatía, muy a pesar de su ateísmo, por la idea de Nación árabe. No se trata por tanto de un informe ecléctico y mucho menos una crónica periodística, sino de una visión certera y, al mismo tiempo, polarizada por la relación directa del autor con los protagonistas, en el curso de la investigación y con la historia que está contando. Ésta es, en gran medida, participativa, pero se consigue eludir el riesgo de

subjetividad derivado de las implicaciones excesivas. Aparte de los testimonios directos, la bibliografía utilizada es la más completa y actualizada posible, incluyendo libros que están por publicar y que han sido puestos a disposición de Tariq Ali.

El libro termina con una bomba: Nos revela qué le ocurrió a Christopher Hitchens, columnista del periódico *Nation*, después de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Sin duda, estas valientes afirmaciones suscitarán una avalancha de comentarios, de los que éste pretende ser el más sincero. Por eso debo reconocer un único detalle que me ha intranquilizado con respecto a este libro: La guerra reciente en Afganistán no se ha relacionado con la de Irak y apenas se ha criticado. Bien cierto es que no se corresponde con el título del libro, pero se correspondería con lo que el autor denomina "el entorno, [...] la historia que precedió a los hechos". Esta inquietud encuentra respuesta en la hipótesis de que "Bush en Babilonia" es una secuela de su libro anterior, ya que en él se dedica un capítulo a la historia reciente de Afganistán, redactada en el momento de la invasión. No obstante, las noticias posteriores a esos trágicos sucesos habrían requerido algún apéndice en el nuevo libro. En él y en el conjunto de su obra, nos presenta un panorama poco esperanzador, pero no es su propósito consolarnos, sino mostrarnos la verdad.

Álvarez Espinosa, Daniel. *Cristianos y marxistas contra Franco*. Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2003, 454 pp.

Por Gonzalo Ruiz Bidón
(Universidad de Cádiz)

El libro que presentamos intenta enriquecer un debate que creemos necesario: la convergencia dinámica entre el cristianismo y el marxismo. Daniel Álvarez Espinosa reivindica aquí la trayectoria de ese grupo humano que, desde la sociología y la ciencia política, se denomina 'cristianos de izquierda': hombres y mujeres que jugaron un importante papel durante la dictadura franquista, 'productores' de una cultura política -desde el punto de vista del autor-fundamental para entender la posterior transición a la democracia. Practicando una religiosidad del compromiso, marcada por su vivencia del Evangelio dentro del mundo obrero, estos individuos hicieron posible en nuestro país el nacimiento de un pensamiento socialista de

matriz cristiana. El recorrido, que Daniel Álvarez hace por las prácticas sociales de estos cristianos, intenta ser una reivindicación del papel que desempeñaron en la construcción de un movimiento obrero antifranquista y en la creación de diversos grupos políticos o sindicales en la oposición. Se subraya así la capacidad que ha tenido -y tiene- la religión de producir cultura política, poniendo en cuestión su necesaria privatización o su reducción a un confesionalismo de izquierda.

La historia cercana de los encuentros entre cristianos e izquierda política hay que situarla en los años cincuenta. Hacia mediados de esta década surge un cristianismo avanzado, abierto y dinámico. Militantes católicos de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) y de la Juventud Obrera Católica (JOC) comienzan a encontrarse en el trabajo diario, codo con codo, y en las luchas obreras de la época, con sus compañeros de la izquierda política. Un encuentro en la realidad práctica, en la defensa de los intereses de los trabajadores y la justicia, en el compromiso de la lucha por los derechos humanos y las libertades democráticas. El conocido como "cristianismo de base", con su plena inserción en el mundo del trabajo, desde una fidelidad al Evangelio, dinamizará el diálogo. La presencia de los militantes obreros cristianos en centros de trabajo y en barrios, donde las condiciones laborales y de vida eran extremadamente duras, les exigía radicalidad evangélica. Estos cristianos no se limitaban a denunciar los elementos deshumanizadores que contemplaban, y a clamar por la necesidad de mayor justicia, mayor libertad y mayor igualdad. A partir del análisis de la realidad social y de una reflexión evangélica, muchos de ellos se integran en organizaciones de la izquierda política. Precisamente, es su fe cristiana la que les impulsa a trabajar y colaborar con sus compañeros de lucha. La aceptación de las organizaciones sindicales y políticas, como mediaciones necesarias para transformar la sociedad, así como la convergencia de objetivos y metas, favorece un diálogo fecundo, que aporta el aliento utópico y radical del cristianismo a la izquierda política.

Posteriormente, este encuentro colaborador viene favorecido, desde el mundo católico, por los cambios acontecidos a raíz del Concilio Vaticano II. Previamente, el Papa Juan XXIII, en su encíclica *Pacem in Terris*, había reconocido la validez de esta colaboración práctica entre creyentes y no creyentes. Los años

posteriores al Concilio conocerán tiempos de diálogo. Es la época en que la intelectualidad europea del denominado "marxismo cálido", y los teólogos cristianos, entran en contacto. Se comienzan a destruir estereotipos mutuos y a someter a crítica presupuestos, a menudo, no demasiado reflexionados. Y corresponde al Partido Comunista de España el haber planteado con mayor insistencia el tema de las relaciones con el cristianismo. La presencia en su seno de hombres como Alfonso Carlos Comín, supondrá un gran aliciente para los debates cristiano-marxistas en dicho partido, funcionando una comisión específica sobre "Militancia comunista y cristianismo". A mediados de los años setenta el PCE llegó a proponerse, como objetivo, la asunción del potencial revolucionario que suponían amplios sectores de cristianos trabajando a favor de una sociedad socialista. Entre Febrero de 1975 y Septiembre de 1976, el PCE, el Partido Comunista de Euskadi y el Partido Socialista Unificado de Cataluña, emitieron tres respectivas declaraciones programáticas bajo el título "La militancia de cristianos en el Partido". En ellas, se abandonaban las tesis leninistas, expresando la intención de admitir a los cristianos "con su fe", y se reconocía, además, la función liberadora que pudiera tener un cristianismo, no alienante, en la futura sociedad socialista.

Los resultados reales, por encima de los condicionamientos socio-históricos y las evaluaciones de cada parte, fueron muy fecundos, no sólo para el encuentro cristianismo-izquierda política, sino para la sociedad y política española en general, y para el puesto que ha de tener la religión en ella. El diálogo cristiano-marxista supuso un ejercicio de práctica democrática. El campo religioso, uno de los espacios tradicionalmente más conflictivos en nuestro país, se transformó en lugar preferente de diálogo, tolerancia, reconciliación y reconocimiento de libertades entre las dos Españas. Paradójicamente, las iglesias quemadas durante la guerra civil por las fuerzas obreras, se convirtieron en asilo y hogar de resistencia durante el franquismo. La Iglesia era atacada ahora por los antiguos "cruzados", y los hijos, de quienes pusieron la tea a los conventos, pasaron a estar dentro de ella sufriendo persecución. Desde el diálogo, se aprendió a aceptar la nueva cultura pluralista, y se sentaron las bases para la colaboración social en la futura sociedad democrática. A partir de la presencia militante de tantos cristianos en organizaciones políticas de izquierda, se pudo ir

superando la ecuación entre izquierda y ateísmo y, sobre todo, se fue deslegitimando un régimen político como el franquista, que contaba con la Iglesia católica como uno de sus pilares fundamentales. Dicho proceso, facilitó el trasvase de miembros de organismos del apostolado seglar, a actividades y organizaciones políticas en contra del régimen. Muchos antiguos militantes, de movimientos apostólicos, nutrirán grupos políticos y sindicales de la oposición, si bien se van a dejar algo en el camino: "¿te acuerdas de cuando éramos creyentes?".

El encuentro cristianismo-izquierdas, además de contribuir a la superación del franquismo, supuso, para la Iglesia, un acercamiento al mundo laboral. Decisivo, para lograr este paso, fueron los padecimientos sufridos por los cristianos, especialmente por parte de los curas obreros, comprometidos con los sectores sociales más desfavorecidos, viviendo con ellos en las barriadas marginales. Y lo revelador que les resultó experimentar, en propia carne, el hecho de la pobreza material para hacer una opción, real y decidida, a favor de los desheredados. Para la izquierda política española, este fenómeno reactivó el movimiento obrero, e hizo posible la formación de un nuevo sindicalismo al margen del oficialmente existente, además de favorecer la autocrítica y renovación doctrinal. Es de justicia recordar el papel que jugaron los cristianos en la construcción de un movimiento obrero antifranquista, así como de diversos grupos políticos o sindicales de la oposición. El hecho hizo posible que se abordaran estudios críticos sobre el marxismo; la crítica marxista de la religión fue ampliamente revisada, cuyo reflejo fue la ya señalada militancia de los cristianos en partidos comunistas, imponiéndose en éstos una concepción más laica y pluralista. Otras tendencias, más rígidas, seguirían manteniendo la incompatibilidad cristiano-marxista, intentando liberar a sus militantes creyentes del viejo y pesado "fardo de la fe".

No podemos dejar de hacer un balance de las realizaciones positivas que, tanto para la izquierda política, como para el cristianismo, ha significado (y sigue significando) el diálogo cristiano-marxista. Para la izquierda, ha supuesto: la presencia de cristianos en partidos y sindicatos, el voto cristiano a la izquierda, la laicidad del Estado y de los partidos (principalmente del PCE). Aspectos, todos ellos, que suponen un gran avance histórico, pues en

nuestro país, siempre se ha tendido a identificar catolicismo con derecha política. Por su parte, el PCE, al declararse partido laico, aceptando plenamente a los cristianos con su fe, supera la privatización de las ciencias religiosas y hace posible la pluralidad de corrientes culturales que nacen en su seno. Para el sector cristiano, el diálogo ha significado: el desbloqueo ideológico de la Iglesia, la diversidad del voto cristiano y el consiguiente pluralismo político de los creyentes, la purificación de la fe de falsas concepciones y prácticas conservadoras, la libertad frente a la doctrina y al magisterio eclesiástico, recuperando el Pueblo de Dios la interpretación de la Palabra evangélica; por último, la revisión de la crítica marxista de la religión, ante la constatación de que la vivencia de la fe cristiana, aunque a veces funciona como opio del pueblo, también alienta e inspira la liberación de los pueblos. Datos históricos claves, fruto de un diálogo fecundo, que hay que tener muy presente si se quiere proseguir la reflexión, y redescubrir los valores comunes, cristianos y socialistas, de raíz emancipatoria, como posibles elementos conformadores del futuro. Figuras relevantes en este proceso, por citar algunos nombres, fueron Guillermo Roviroso, Tomás Malagón, Alfonso Carlos Comín y tantos otros, cuyas aportaciones a la autocritica y renovación del pensamiento católico no deberían ser olvidadas.

Los cristianos has sido -y son- un componente importante de la izquierda política de nuestro país, la cual no puede ser comprendida sin analizar el papel fundador que los cristianos han desempeñado en ella. Ojalá que este redescubrimiento de un pasado común sirva para tomar conciencia del camino recorrido y poder orientar eficazmente el futuro.

Bonhoeffer, Dietrich, *Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio*. Salamanca, Sígueme, 2003, 300 pp.

Por Daniel Álvarez Espinosa
(Universidad de Cádiz)

La reciente publicación (la anterior data del año 1983) por parte de la editorial Sígueme, de *Resistencia y Sumisión (Widerstand und Ergebung)*, ofrece, a los lectores en lengua castellana, una buena oportunidad de acercarse a conocer la figura de ese peculiar alemán, hombre recio y enhiesto, creyente y cristiano, que fue Dietrich Bonhoeffer. Pastor protestante, comprometido en actividades de la resistencia en

contra del régimen nazi, estuvo implicado en el grupo de conjurados, dirigidos por Klaus Schenk von Stauffenberg, que el 20 de Julio de 1944 hizo estallar una bomba en el búnker de Hitler. Detenido por la Gestapo, y después de un juicio sumarísimo, en la madrugada del 9 de Abril, Dietrich Bonhoeffer, con sólo 39 años, fue ahorcado con otros compañeros en el campo de exterminio de Flossenbürg.

El libro que nos ocupa, titulado con una expresión del mismo Bonhoeffer, recoge la casi totalidad de las cartas, además de poesías y esbozos de trabajos, que él escribió desde su celda en la prisión berlinesa de Tegel a sus padres, hermanos, parientes y especialmente, a su confidente Eberhart Bethge, antiguo compañero de facultad y más tarde sobrino político. Falta la relación epistolar con su prometida, María von Wedemayer, publicada en otro lugar¹. Un conjunto de escritos (cada uno con su fecha correspondiente) que son, en realidad, unos apuntes, dispersos e incompletos, a un libro suyo (desgraciadamente perdido) sobre el cristianismo no religioso. Correspondencia que, a pesar de su carácter fragmentario e inconcluso, no pierde su carácter sugestivo y cautivador. Las cuestiones teológicas (sin resolver y, a menudo, contradictorias) que preocupaban a este profesor no dejan indiferentes a quienes, sean creyentes o no, se ponen en contacto con su vida y su obra. Son muchos los hombres de nuestro tiempo que comparten sus mismos interrogantes.

La pedagogía fundamental de nuestro autor se podría resumir en el siguiente mandato: en el mundo hay que actuar como si no hubiera Dios, porque los cristianos no son unos niños a quienes todo les viene resuelto por un poder paternal superior. En realidad, la mayoría de edad obliga –a todos los hombres– a no poder contar con Dios para la vida en el mundo. Un adulto ha de valerse por sí mismo. Por eso, dice que "hemos de vivir en el mundo *etsi deus non daretur*"². Es Dios mismo quien quiere que el hombre sea adulto y dueño de su propio destino: "Dios nos hace saber que hemos de vivir como hombres que logran vivir sin Dios"³.

Un ser humano reducido a la impotencia para que el elemento religioso triunfe sobre él, sin que llegue a ser reconocido en su mayoría de edad y en su propia autonomía, le resulta insoportable al hombre de hoy. Por eso Bonhoeffer se propone situar al cristianismo en la vida real de los hombres y no fuera de ella, en

el pleno ejercicio de sus poderes y facultades. Desde este presupuesto, enuncia una provocativa tesis: "yo no quiero hablar de Dios en los límites, sino en el centro, no en las debilidades, sino en la fuerza; esto es, no a la hora de la muerte y de la culpa, sino en la vida y en lo bueno del hombre"⁴. Si en la vida humana existen zonas de miseria, ellas están para que el hombre las remedie y no para que se aproveche de las mismas para "hacerle sitio" a una divinidad. En el mismo aspecto, hay que resaltar la repulsa de nuestro teólogo a practicar cualquier tipo de "extorsión" religiosa, ese proceder que obliga a "abalanzarnos sobre unos pocos desdichados en sus momentos de debilidad y, por decirlo así, violarlos religiosamente"⁵.

Resulta complicado encajar, en la tradicional figura del mártir cristiano, la del conspirador a un orden político legalmente constituido. Porque es precisamente su fe comprometida, solidaria con los sufrimientos de los hombres de su tiempo, la que hace que este seguidor de Cristo se entregue a una acción política violenta. La hermenéutica práctica adquiere en este caso particular una evidencia extrema. El prisionero de Tegel va tomando conciencia de la necesidad de una revisión en el modo de concebir la relación teoría-praxis, tratando así de renunciar al papel de mero espectador en beneficio de la praxis comprometida: "Sólo pensaréis aquello de lo que os habréis de responsabilizar por vuestra acción"⁶. La vida de Bonhoeffer como resistente político constituye un "caso límite", que pone en evidencia la dificultad de discernimiento del compromiso terrestre en la tarea de asumir la complejidad del mundo. Es así como adquiere la certeza de que "mi misión consistía precisamente en soportar esta situación extrema con toda su problemática"⁷.

Dietrich Bonhoeffer, hombre que se tomaba la vida muy en serio, hizo frente a la llamada de los hombres y de la historia en arriesgada opción y en asunción de responsabilidades: "Tenemos que aprender a actuar de otra manera que los eternos vacilantes [...] Uno tiene que aclararse sobre lo que quiere, hay que preguntarse si uno puede responsabilizarse de ello, y en seguida hay que ponerlo en práctica con una irresistible confianza. Entonces, y sólo entonces, puede uno soportar también las consecuencias"⁸.

Resistencia y sumisión constituye no sólo el título de la obra que comentamos, sino también la actitud ante la vida tal como la concebía su

autor, sufriendo en tensión dialéctica: "dónde se halla el límite entre la necesaria resistencia contra el 'destino' y la igualmente necesaria 'sumisión' [...] no es posible fijar en el terreno de los principios el límite entre resistencia y sumisión, pero ambas han de coexistir y ser practicadas con igual decisión"⁹. Bonhoeffer no tuvo tiempo de hallar las respuestas a sus inquietantes preguntas, esas preguntas que el cristiano – no el hombre religioso– siempre se ha planteado. Casi sesenta años después de su muerte, su vida, su obra y, especialmente, su compromiso, continúan siendo una fuente de enseñanza en el intento de aportar alguna luz a preocupaciones vitales contemporáneas.

NOTAS

* Traducción de la edición original en alemán *Widerstand und Ergebung. Briefe und Aufzeichnungen aus der Haft* por José J. Alemany.

¹ Bonhoeffer, D.; Wedemeyer, M. von, *Cartas de amor desde la prisión*. Madrid, editorial Trotta, 1998.

² Bonhoeffer, D., *Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio*. Salamanca, Sígueme, 2003, 252.

³ Ibid.

⁴ Ibid, 198-199.

⁵ Ibid, 197.

⁶ Ibid, 209.

⁷ Ibid, 98.

⁸ Ibid, 128.

⁹ Ibid, 158.

Cabrera, Miguel Ángel, *Historia, Lenguaje y Teoría de la Sociedad*. Madrid, Cátedra Universitat de Valencia, 2001, 188 pp.

Por Alejandro Estrella González
(Universidad de Cádiz)

Es bien sabido que la historia, y por extensión las ciencias sociales, se encuentran desde hace años inmersas en una etapa de reflexión teórica. La crítica a la que se han visto sometidas las formas dominantes de hacer historia, vinculada sin duda a lo que se ha venido denominando la 'crisis de la modernidad', ha provocado diversas reacciones entre los historiadores. Entre aquellos que han aceptado el envite ha comenzado a circular de manera más bien dispersa una nueva forma de historiar, tanto en sus fundamentos teóricos como en sus aplicaciones prácticas. En este contexto no podemos sino celebrar la publicación del libro del profesor Miguel Ángel Cabrera y su denodado esfuerzo por recapitular, dar forma y presentar, en el ámbito de la historiografía hispana -por lo demás, alejada

excesivamente de este tipo de debates teóricos- la fase inicial de desarrollo de lo que el autor denomina la 'nueva historia'. Nos encontramos - en palabras del autor- ante un ensayo de historiografía, que pretende reconstruir como se ha gestado una 'nueva teoría de la sociedad' al amparo de dichos debates, así como las implicaciones prácticas que para el quehacer historiográfico supone el trabajar con esta nueva teoría. Partiendo de la tesis de que las bases teóricas, y en concreto la teoría de la sociedad con la que venían trabajando los historiadores durante décadas han sido sometidas a profunda crítica, el autor, apoyándose en figuras de la talla de J. Scott, J. Vernon, o P. Joyce -entre otros-, defiende que estamos asistiendo a un verdadero cambio de paradigma historiográfico. Esta crítica habría desembocado en el abandono del denominado 'modelo teórico dicotómico', así como los debates generados en torno al mismo. En este sentido, los supuestos teóricos de la nueva historia vendrían a superar por fin el secular dilema al que se habría visto abocada la historiografía: subjetivismo-objetivismo, acción-estructura, etc.

La obra se encuentra estructurada en tres partes fundamentales. En el primer capítulo se realiza un recorrido historiográfico por las bases teóricas de los diferentes paradigmas que han dominado el quehacer de la disciplina durante el último siglo. En el capítulo 2 se presenta de manera general la crítica al modelo dicotómico y los presupuestos conceptuales de la nueva historia. Finalmente los capítulos 3 al 5 profundizan de forma más pormenorizada en los diferentes aspectos que constituyen el nuevo paradigma.

La lectura del primer apartado se nos presenta, por tanto, como un preámbulo necesario para comprender como se ha gestado la teoría de la sociedad con la que trabaja la nueva historia. Este periplo comienza con el paradigma de la 'historia tradicional', cuyo fundamento explicativo se ha basado en el concepto de sujeto, entendido como entidad preconstituida y dotado de una conciencia racional autónoma. La sociedad, por tanto, sería concebida como la suma de individuos, asentándose la práctica social sobre las intenciones de éstos, lo que supone para el historiador centrar su labor en la comprensión e interpretación del pensamiento de los actores sociales, privilegiando, en este sentido, el estudio de la política institucional. Este paradigma vendría a ser cuestionado por el de 'la historia social', firmemente asentada en el

mundo académico desde los años 60. En este caso el fundamento explicativo pasaría al concepto de sociedad, entendida como un sistema constituido por una serie de estratos dispuestos verticalmente y gobernados por una causalidad de carácter jerárquico. En este esquema la instancia socioeconómica se constituye como estructura objetiva portadora de significados intrínsecos que dispondría de un mecanismo de funcionamiento con completa autonomía. El sujeto de la historia tradicional pasaría a conceptualizarse como sujeto social, dado que la subjetividad (la conciencia, las identidades, los intereses y las acciones) no sería más que el reflejo de la posición socioeconómica que los individuos ocupan. La historia social, representada fundamentalmente por el materialismo histórico y la escuela de Annales, pasaría por tanto a privilegiar como objeto prioritario de análisis los fenómenos sociales y económicos, aunque la concepción jerárquica de sociedad con la que trabajaban les permitiría ambicionar la elaboración de una historia total. No obstante, desde los años 80 y en el interior de este paradigma comenzó a articularse una actitud crítica hacia la teoría de la sociedad defendida por el modelo objetivista que cristalizó en lo que se ha denominado 'historia sociocultural'. Cada vez más historiadores sociales se habrían encontrado incómodos con un modelo que relegaba todo lo concerniente a la conciencia a un epifenómeno de la estructura socioeconómica, lo que les llevó a interesarse por el estudio de la cultura y a un acercamiento paulatino a la antropología. Este viraje se tradujo en una continua flexibilización de la determinación causal de la esfera cultural por el ser social, lo que supuso pasar de una relación unívoca entre ambas instancias a una interacción mutua o dialéctica. Para la historia sociocultural, tanto la historia tradicional como la historia social no habrían captado la complejidad de los fenómenos sociales al pasar por alto, la primera, el constreñimiento externo de la acción y la dimensión social de los sujetos; y la segunda, el hecho de que la esfera subjetiva o cultural tiene un efecto constitutivo sobre la realidad objetiva, pues si bien la vida social se encuentra materialmente condicionada, dicho condicionamiento no opera sobre la conducta de forma mecánica o directa, sino por mediación con el utillaje cultural del que disponen los individuos. El uso de nuevas categorías como las de experiencia o representación permitirían captar esa mediación simbólica, esa práctica mediante la cual los individuos aprehenden y organizan significativamente la realidad. En este

sentido, aunque lo social establezca los límites y las posibilidades de la conciencia, las identidades y los intereses, éstos sólo se hacen manifiestos históricamente y se traducen en acción cuando los sujetos los activan en el curso de esa práctica cultural. Como consecuencia, el análisis histórico pasaría a priorizar el estudio de las prácticas antes que el de las estructuras sociales, lo que supone prestar mayor atención a los dispositivos culturales que posibilitan la experiencia, a las situaciones vividas y a las estrategias singulares.

Para el profesor Cabrera el aparato conceptual de la historia sociocultural supone una profunda reformulación teórica de los paradigmas tradicional y social, revelándose para la disciplina una etapa especialmente fructífera. Sin embargo, la historia sociocultural jamás abandonaría el modelo dicotómico convencional, al seguir considerando que sociedad e individuo, estructura y acción o simplemente objetivismo y subjetivismo, son los componentes primarios de los procesos históricos. Por tanto la disciplina no habría llegado a superar esta permanente confrontación que tendría como resultado un "eterno movimiento pendular" en el que el fortalecimiento de uno de los términos suponía el debilitamiento del otro. No obstante, el autor considera que la disciplina está entrando en una nueva etapa caracterizada por la superación de dicho modelo, dado que se ha empezado a considerar que dichas instancias no son primarias y por tanto, no pueden ser tomadas como base de la teoría social.

El fundamento explicativo de la 'nueva historia' pasa a ser la noción de discurso, entendida no como los significados que los individuos dan a la realidad social, sino como la red de categorías y reglas de significación que permiten dicha operación. A diferencia de los paradigmas anteriores para los que no existe una diferencia ontológica entre categorías y significados, la nueva teoría reconoce en la primera la existencia de una esfera social específica dotada de una lógica histórica propia y con capacidad para actuar en la producción de significados.

La formulación de esta nueva esfera tiene profundas consecuencias sobre las nociones en las que se asienta el modelo dicotómico. Respecto a la noción de objetividad la nueva teoría supone la distinción ontológica entre hechos y objetos, entendiendo que los primeros son el soporte material sobre el que interactúa la

matriz discursiva para dotarlos de significado, dando lugar, mediante un proceso de diferenciación, a los segundos, que sólo ahora, conceptualizados como objetos, condicionarían la conducta. Por tanto, si la realidad social no goza de un significado intrínseco sino que deviene objeto, o más bien se articula en tanto que entidad significativa mediante un proceso de interacción discursiva, no podemos seguir considerándola como poseedora de propiedades naturales de carácter estructural o sistémico con capacidad para establecer relaciones de causa-efecto entre sí. Evidentemente, la problematización del concepto de sociedad no implica la negación de su existencia y sus determinaciones, sino que ésta sólo deviene estructura objetiva y se relaciona causalmente con la práctica en las circunstancias históricas en las que ha sido articulada significativamente como 'sociedad'. Lo mismo cabría decir de la subjetividad, que dejaría de ser un yo racional, un reflejo o una representación de lo social para constituirse en efecto de esa mediación discursiva entre la realidad y la matriz categorial. Así, conceptos como el de experiencia, que habían mostrado su gran potencial heurístico han sido sometidos por la nueva teoría a una profunda revisión. Si para la historia sociocultural la experiencia que los individuos tienen del mundo permite comprender como emerge la subjetividad, para la nueva historia ese mundo ha sido articulado significativamente, por lo que la experiencia que los individuos tengan del mismo no puede sino haber sido forjada por dicha mediación discursiva. En este sentido los sujetos se constituyen, no a través de la experiencia que los individuos tienen de la realidad social sino a partir de una construcción significativa de dicha experiencia; y de aquí que la experiencia no puede ser el fundamento causal de la conciencia, ni la que defina los intereses, cree la identidad o dirija la acción social. Es el marco discursivo el que permite que los individuos experimenten y conciban la realidad social y su posición en ella de una determinada manera, a partir de la cual articulan sus intereses, construyen su identidad como agentes sociales y dan significado a su acción.

La ruptura del modelo dicotómico y su sustitución por la tríada realidad-discurso-conciencia ha supuesto un cambio en la orientación de los análisis históricos. El objetivo ha pasado de ser el de determinar el grado de adecuación entre las instancias fundamentales del modelo dicotómico a identificar el patrón

categorial que opera en cada caso, desentrañar el proceso de mediación discursiva y evaluar sus efectos sobre las relaciones sociales. En este sentido el autor plantea como tarea fundamental de la presente investigación histórica abordar el análisis del proceso de formación de los propios conceptos y de las relaciones que se establecen entre ellos.

Planteado en estos términos y consciente de las susceptibilidades que ha despertado la nueva teoría, Miguel A. Cabrera nos pone en guardia ante posibles interpretaciones superficiales que ubican la nueva historia en un retorno al subjetivismo y al idealismo. En este sentido se destaca que la nueva historia no supone una especie de textualismo o de determinismo lingüístico que implique la existencia de una metacategoría ahistórica que se encuentra situada en algún lugar recóndito de la mente humana y que la vida social sea producto de ella. Lo que se afirma es que existe en la práctica una esfera social con una lógica propia que surge de la interacción significativa de los individuos y el mundo. Que estas dos instancias no poseen un significado esencial que está esperando ser desvelado, sino que ambas adquieren significado y pasan a ser operativas a través de la mediación discursiva. Y finalmente que esta mediación nunca será captada si atendemos únicamente al discurso, pues no es este el que genera los significados, sino la interacción entre el referente real y la matriz categorial.

Cobo Romero, Francisco, *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén, 1931-1936*. Madrid, B. Nueva, 2003, 358 pp.

Por David Molina Rabadán
(Universidad de Cádiz)

El estudio acerca de la Guerra Civil goza, en estos momentos, de una notable pujanza. El debate social y político sobre la recuperación y gestión de la memoria; la avalancha de títulos en las librerías sobre este evento y sus prolegómenos y consecuencias; el éxito y aceptación de aquellos entre el público, a juzgar por los niveles alcanzados de ventas y la puesta en marcha de numerosos proyectos de investigación, tesis, iniciativas culturales... relacionados con esta etapa de la historia de nuestro país, avalan esta afirmación.

Pero algunos de los libros que finalmente llegan a los escaparates, tienen varios rasgos en común que rebajan en algo la valía de sus contenidos. No se trata sólo del hecho de que sus autores dispongan de una formación ajena a la metodología de la disciplina de la historia. A consecuencia de ello, adolecen de una visión profunda y ordenada, una metodología coherente y sólida y una capacidad de reflexión serena, incisiva y realista. Los prejuicios, las conclusiones apresuradas, las contradicciones y la aceptación acrítica de postulados cuya verosimilitud es más que dudosa son sus "marcas" más acostumbradas, y negativas para la correcta comprensión de unas cuestiones, como dice el autor de este libro que vamos a tratar, "[...] todavía hoy, tan sorprendentemente vivas".

La conformación de la identidad de un Estado democrático como el nuestro, necesita de un acercamiento al pasado solvente y alejado de extremismos, que ayude a resolver, desde la medida y el sentido común, las dudas y polémicas que una experiencia tan convulsa como la de España en el siglo XX ha provocado y que hoy todavía reclaman respuesta. Afortunadamente, esta obra del profesor Cobo Romero, es una aportación significativa y loable para el esclarecimiento de estos avatares que periódicamente vuelven al escenario de la actualidad. El libro *De campesinos a electores...* es por variadas y buenas razones una contribución al panorama de la historiografía contemporánea española de indudable relevancia. Es, sobre todo, el fruto de un esfuerzo continuado que ya ha dado anteriormente trabajos de comparable calidad y el aviso de la llegada de otros para el futuro. La constancia revelada por esta tendencia en su trayectoria profesional es la muestra de una visión intelectual ambiciosa e iconoclasta, superadora de paradigmas ya desfasados. Algo que contrasta vivamente con el panorama anteriormente descrito de los estudios sobre la Guerra Civil, donde una y otra vez se resucitan viejos clichés que, creyéndolos enterrados, el historiador los encuentra de nuevo andando. Los muertos que vos matasteis, gozan de buena salud...

Esta obra ante todo destaca por sus análisis en profundidad y con perspectiva. El título podría hacer pensar que se trata de otro estudio más sobre la Segunda República y las circunstancias que llevaron al posterior enfrentamiento fratricida. La realidad es que el lector se

encuentra con una investigación basada en una interpretación de los comportamientos electorales y políticos de un importante segmento de la población agraria, cuyos orígenes se encuentran en las transformaciones vividas por el campo a finales del siglo XIX. Remonta el arco cronológico de sus tesis a aproximadamente medio siglo a los hechos que pretende explicar. Esta combinación del hecho y la tendencia, de la coyuntura y la estructura, es de agradecer en obras cuya materia prima pertenece al campo de la historia política.

La progresiva inserción de los mercados internacionales y nacionales y los avances en la tecnología agraria fueron causas fundamentales de que en toda Europa se produjeran alteraciones en la estructura y reparto de la propiedad de la tierra; intensificación de las prácticas agropecuarias; progresiva salarización de los jornaleros; expansión de un estrato de pequeños y medianos propietarios... Estos últimos, a causa de su dependencia para el éxito y continuidad de sus explotaciones, de las decisiones tomadas por las instancias gubernamentales (impuestos, aranceles, legislación laboral, etc.), se vieron impelidos a participar como fuerza en la arena política en defensa de sus intereses. La crisis que azotó el mercado agrario y las economías de toda Europa tras el fin de la Gran Guerra y sobre todo, en la década de los 30', provocaron una derechización de este importante segmento (cuantitativa y cualitativamente hablando) de la sociedad campesina. Éste finalmente acabó identificándose con las políticas agraristas, corporativistas y antiparlamentarios de los movimientos contrarios a los regímenes democráticos. El fascismo entonces, no fue un fenómeno exclusivo de las clases medias-bajas urbanas. Su naturaleza era pluriestamental y en ella ocupó un lugar destacado el pequeño y mediano agricultor.

El uso preciso y conveniente del método comparativo es otro de los puntos a destacar del libro. El autor no sólo emplea distintos juegos de lentes o lupas a lo largo de la obra sino que entrelaza los distintos niveles del análisis: Europa, España, Andalucía y Jaén. Los rasgos comunes y las divergencias entre cada uno de estos cauces por los que discurre el crecido caudal analítico que encuadran los contenidos de esta investigación son puestos frente a frente para así matizar y ajustar los asertos que van guiando el hilo lógico de la secuenciación de razones y consecuencias. Así, las diferencias en

el desarrollo económico y agrario de Alemania, Italia, España y Andalucía son elementos que introducen nuevas variables que consolidan, en cada uno de los espacios antes citados, el esquema general descrito más arriba. Por tanto, la flexibilidad en el análisis es otro valor fundamental de esta obra al no pretender la imposición de unas tesis deterministas y rígidas. Para Jaén, habría que contar con su tradicional fragmentación de la propiedad de la tierra; la importancia que todavía tenían, incluso en el primer tercio del siglo XX, los elementos característicos de una economía orgánica y en especial, la mano de obra; las políticas del PSOE de presencia en los poderes municipales y de implantación entre la población agraria y finalmente, el impacto que para la prosperidad de los pequeños y medianos propietarios y el mantenimiento del orden agrario tradicional tuvieron las medidas de legislación laboral dictadas por los gobiernos de la II República a favor de los jornaleros.

La amplitud geográfica y cronológica que exhibe el libro del profesor Cobo Romero se extiende también a su metodología. No es únicamente una obra de historia política. La historia económica, social, ambiental... tienen cabida en las referencias y reflexiones de esta obra. Esto ayuda a superar las fronteras interdisciplinarias que lastran la profundidad del enfoque analítico.

Un enfoque analítico que supera las verdades convencionales y tradicionalmente aceptadas. El campesinado es el principal foco de atención. Las observaciones clásicas que se han vertido sobre este colectivo son rebatidas repetidamente a lo largo de sus 358 páginas. Para empezar y en consonancia con la flexibilidad exhibida durante todo el libro, se postula la observación de que el agricultor no es de izquierdas ni de derechas. La defensa de sus intereses, una postura pragmática, es el principio que guía su acción política. Porque la acción política es otra característica del campesinado. Frente a aquellos que sólo ven el protagonismo de la clase burguesa y obrera en la movilización social y política durante el siglo XIX y parte del XX, la población agraria tuvo un destacado protagonismo en las reivindicaciones y luchas parlamentarias de Europa, independientemente de la base industrial con que contase cada país.

Asimismo, la conflictividad intraespecífica del colectivo campesino no ha de reducirse exclusivamente a choques entre grandes

propietarios y jornaleros. Como se demuestra empíricamente, en Jaén la mayoría de enfrentamientos tuvieron lugar en poblaciones con altos índices de agrarización y pequeños y medianos propietarios. Esta clase media agraria fue la responsable de un gran número de choques con la población jornalera, al considerar que sus intereses eran lesionados por la progresiva sindicación de estos últimos y sus reivindicaciones laborales.

Asimismo este estudio demuestra que la vinculación del anarquismo con la vida rural en la España contemporánea no debería hacernos olvidar cómo la apuesta decidida del PSOE por una presencia activa en el entorno agrario cosechó importantes éxitos. Esto a su vez fue un factor clave de la politización de los variados segmentos de la población agraria ya que la lucha por la conquista del poder municipal fue de especial importancia durante el régimen republicano, al ser estos últimos centros de aplicación de las políticas agrarias impulsados por Madrid.

En suma, un libro que contiene toda una serie de hipótesis provocativas y sugerentes con las que rejuvenecer el estudio de la Segunda República y la crisis de la democracia en nuestro país. La larga trayectoria acreditada por el profesor Cobo Romero en el estudio de las variables aquí expuestas asegura nuevos réditos en este campo para próximos años. Lo que es una buena noticia si se quiere seguir ahondando en el debate de las causas, agentes y escenarios de la conflictividad social, política e ideológica que llevaron hasta el estallido de la Guerra Civil.

Colomer Viadel, Antonio, *Crisis y Reformas en Iberoamérica ¿... y la Revolución?* Valencia, Editorial Nomos, 2002, 231 pp.

Por Jesús Fernández García
(Universidad de Cádiz)

Desde el fin de las dictaduras y las guerras civiles en Latinoamérica la región ha vivido dos procesos paralelos, por una parte todo el mundo se congratula del fin de los conflictos sangrientos y los gobiernos que ejercían una brutal represión sobre sus pueblos, estamos por tanto en una época en la que todos los países de la zona se declaran democráticos y respetan las características fundamentales del sistema democrático liberal. El otro proceso es el abandono, a partir de los procesos de transición vividos desde los años ochenta hasta mediados

de los noventa, de la revolución como herramienta para alcanzar mayor democracia, libertad y justicia social.

Esta obra de Antonio Colomer pretende, a través del tratamiento de diversos temas, analizar las crisis del sistema imperante y los intentos de reforma que se han ido sucediendo en diferentes países y momentos, la mayor parte de ellos sin mucha fortuna. Pero esto no convierte en pesimista el texto, pese a la situación que plantea, también expone aquellos intentos de llevar a cabo respuestas distintas, novedosas y comprometidas que ayuden a paliar los problemas, nos habla de municipalismo, de federalismo efectivo y de movimientos sociales como los Sin Tierra en Brasil o los Zapatistas en México.

La obra se divide en diez capítulos, en los que se tratan una variada cantidad de temas, teniendo mayor peso el constitucionalismo y el análisis de los sistemas políticos latinoamericanos, como es lógico si tenemos en cuenta que el autor, Antonio Colomer Viadel es profesor de la Universidad de Valencia experto en Derecho Constitucional.

El primer capítulo, a forma de Introducción, lleva por título "Crisis y reformas. Teoría política y constitucional de la supervivencia". Intenta hacer un repaso de la Historia política de Latinoamérica desde la independencia, pasando por las sucesivas "revoluciones", destacando el uso continuo de la revolución como fuente de legitimación de los nuevos gobernantes, hasta llegar a lo que el autor llama, "la última democratización. La democracia tutelada entre la desilusión y el conformismo", es decir, esta etapa en la que hemos vivido diferentes procesos de transición, lo que ha llevado al abandono de las pretensiones revolucionarias, cuya última versión fue la Nicaragua Sandinista. Es la derrota del sandinismo en las urnas, junto con la caída del bloque socialista lo que, a juicio del autor, marca el fin de los intentos revolucionarios, dejando como única posibilidad la reforma del sistema, ya que: "El capitalismo en América Latina tiene límites infranqueables, que provocan una crisis generalizada con altos riesgos de desintegración y conflicto social, y ello exige nuevas estrategias transformadoras"¹.

Esto enlaza con la idea de que la transición, como forma de llegar a la democracia, sustituye a la revolución como mito fundacional y legitimador del sistema político, a la vez que

cambia el paradigma teórico dominante durante la guerra fría. Esta sustitución de la 'revolución' por la 'transición' como forma de acceder al reconocimiento internacional y a ser homologado como democracia, permite al país que la experimenta acceder a las ventajas que de ello se deriva: apoyo internacional, seguridad para las inversiones extranjeras, legitimidad internacional que impide el acoso y la puesta en duda del sistema político interno, etc. Pero también tendrá un coste, sobre todo en cuanto a control internacional y por tanto en cuanto a pérdida de soberanía².

Este cambio lo vemos ejemplificado claramente en Latinoamérica, donde se pasa de anhelar la revolución en los años sesenta y setenta, trabajar para ello, buscarla con desesperación aún a riesgo de exponerse a la represión y a la muerte, a pasar a pedir democracia en los años ochenta y noventa, renunciando a la mayor parte de reivindicaciones sociales a cambio sólo de las libertades políticas, aún perdurando sistemas socioeconómicos que mantienen, e incluso en algunos países aumentan, las desigualdades sociales y la miseria en la que vive gran parte de la población.

¿A qué se puede deber esto?, no es este el sitio para entrar en un tema tan amplio pero se pueden señalar el fracaso de la lucha armada y la brutal represión en la región, unidos a la carencia, tras la caída del bloque socialista, de un modelo exterior de revolución triunfante, como posibles causas de la renuncia al cambio social por medios revolucionarios y la aceptación de la democracia liberal, como modelo mediante el cual intentar acercarse a las condiciones de vida del bloque vencedor de la guerra fría, es decir, a través de la reforma y abandonando la revolución.

El Capítulo dos se presenta en dos partes, la primera, "Soberanía Popular y Poder Constituyente en el Constitucionalismo Latinoamericano", realiza un análisis del constitucionalismo latinoamericano haciendo hincapié en el tema de la soberanía, en una perspectiva histórica. La segunda parte, "La crisis democrática del parlamento en Iberoamérica y el Recurso contemporáneo a las asambleas constituyentes", se dedica a analizar las asambleas constituyentes como herramienta, utilizada comúnmente en el último siglo, para resolver diferentes crisis de los sistemas políticos, con diversidad de resultados. Llegando hasta la última de estas asambleas constituyentes

latinoamericanas, la que Hugo Chávez propició en Venezuela tras su elección como presidente.

En la misma línea que el capítulo anterior, el tercero, "Participación y Ciudadanía. Innovaciones y Resistencias. La Asamblea Nacional Constituyente y la Constitución de Brasil de 1988", trata el mismo tema centrándose en el caso de la última asamblea constituyente brasileña, destacando los intentos de participación ciudadana en el proceso.

Es en estos momentos, de asambleas constituyentes, cuando aparece un gran entusiasmo e ilusión en la población de los países que viven el fin de una situación de terror y pasan a través de una transición política a un proceso de construcción de un nuevo sistema político, reflejo máximo del cual será la nueva constitución. Este capítulo refleja bien la ilusión y las ganas de participar de todos los sectores políticos y sociales brasileños del momento, hecho que ocurre en muchos otros países, como por ejemplo señala Natalio Botana hablando de Argentina: "No hay duda de que, en aquellos momentos, una ola de entusiasmo recorría las sociedades de algunos países del Cono Sur. Según reflejaban la mayoría de las encuestas (por lo menos en la Argentina), la "verdadera" democracia parecía estar al alcance de la mano. No duraron mucho estas genuinas esperanzas. El entusiasmo de los días iniciales, ferozmente condicionado de inmediato por la explosión de la deuda externa, fue reemplazado en la década siguiente por un clima más crítico, en el que se mezclaba la desilusión con el desconcierto"³.

En este mismo sentido hablando de El Salvador señala Rubén Zamora: "El espíritu optimista que prevalecía al abrirse la posguerra ha cedido el espacio a una mezcla de cinismo y amarga resignación"⁴

Sin embargo, como vemos también en las anteriores citas, estas explosiones de ilusión se han ido apagando fruto de la inoperancia del sistema económico para resolver los problemas de pobreza y miseria en la que viven gran parte de los latinoamericanos. Que a su vez ha provocado una situación de inseguridad y violencia social cada vez más preocupante, sobre todo en países como Argentina, México, Colombia, El Salvador o Guatemala. Además de la situación de corrupción institucionalizada en la que se desarrolla la política regional.

Es cierto que el desencanto y la frustración se dan, hoy día, en la mayoría de los países democráticos, como señalan muchos autores, entre ellos Anthony Giddens: "existe una desilusión generalizada con los procesos democráticos. En la mayoría de los países occidentales los niveles de confianza en los políticos han caído en los últimos años. Vota menos gente que antes, particularmente en Estados Unidos. Cada vez son más quienes dicen no tener interés en la política parlamentaria, especialmente entre las generaciones jóvenes"⁵. La diferencia fundamental la constituye la pobreza, el cinismo con que se ve a los políticos en Europa o EEUU, se traduce en Latinoamérica en desesperación por la dramática situación de las condiciones de vida de amplios sectores de la población y la violencia e inseguridad económicas que ello genera.

El cuarto capítulo, "El federalismo y la Reforma del Estado en América Latina", se centra en el análisis de la forma de Estado que ha dominado la región desde su independencia, el federalismo, dejando al descubierto que tiene ese federalismo de real y las ocasiones en las que ha sido más teórico que efectivo, debido a la preeminencia del poder central, sobredimensionado por un fuerte presidencialismo, característica común a la mayor parte de países latinoamericanos. Se apunta en este capítulo la confianza en el municipalismo como alternativa, que vaya de la mano de un nuevo federalismo, auténtico y cooperativo, se apuesta firmemente por una descentralización con preeminencia de los municipios en el interior de los estados y una integración supranacional de la región, "El Estado, como se ha dicho, es demasiado grande para ciertas cosas y demasiado pequeño para otras"⁶

De hecho, a lo largo del libro se reitera en diferentes capítulos la confianza del autor en los Municipios como alternativa a la organización actual del Estado en Latinoamérica, en forma de un municipalismo federativo, cooperativo e integrador, incluso plantea un Manifiesto por la Federación de Municipios Libres que transcribe en el primer capítulo.

El capítulo cinco, "El Parlamento en los regímenes presidencialistas latinoamericanos", sigue con el análisis de los sistemas políticos latinoamericanos tratando ahora el otro gran factor común en la región, el presidencialismo,

con sus diferentes tipologías, que aparecen comentadas en el texto. En esta línea el siguiente capítulo, "La tentación parlamentaria del presidencialismo iberoamericano: el caso de Perú", trata el caso concreto de este país, como ejemplo de crisis y reforma del sistema presidencialista.

Es el capítulo siete, "La tradición municipal hispánica y su influencia en América", en el que el autor, insistiendo en la idea del municipalismo como alternativa, nos hace un completo repaso a los orígenes de esa tendencia, y a la importancia del municipio como organización básica y más confiable para los ciudadanos.

Llevando a cabo un giro en la temática de la obra se pasa en el capítulo octavo, "La filosofía del trabajo solidario en la economía sumergida latinoamericana", ha analizar la economía informal y su importancia a la hora de realizar estudios sociales de la región, ya que supone un porcentaje fundamental de la economía. Centrándose sobre todo en las iniciativas de trabajo solidario que se desarrollan dentro de esta economía sumergida, que actúa en ocasiones como alternativa al sistema económico que mantiene a amplias capas de la población en condiciones miserables.

En esta línea de propuestas solidarias y movimientos que plantean opciones y soluciones alternativas, el noveno capítulo, "El movimiento de los trabajadores rurales sin tierra de Brasil", trata el nacimiento y desarrollo del movimiento de los Sin Tierra, uno de los mayores ejemplos de organización solidaria y alternativa de lucha por unas condiciones dignas de vida.

Concluye la obra con un capítulo dedicado a los "Problemas constitucionales de las comunidades indígenas en Iberoamérica", en el que se toca otro de los grandes temas de la política latinoamericana actual, la integración de las comunidades indígenas en la estructura política y constitucional de cada Estado.

Inspira toda la obra el intento de explicar las crisis que vive el sistema político actual y los intentos de reforma que se han ido dando, siendo muy útiles los análisis de los sistemas políticos, sobre todo cuando se analizan factores como el presidencialismo, el federalismo o el constitucionalismo, temas en los que el autor es una autoridad. Por otra parte se plantea el hecho de que se ha abandonado la revolución como alternativa factible, aunque no faltan

movimientos que intentan mejorar la situación, luchando contra el desencanto que provocan, en la que la mayor parte de la población, unas democracias que no resuelven sus problemas y un sistema económico que ha hecho incluso empeorar sus condiciones de vida.

En ese sentido, como plantea Ricardo Ribera refiriéndose a El Salvador: "Como país y en el marco del proceso histórico más general, los tiempos de revolución (y contrarrevolución) han sido superados y sustituidos por estos tiempos de reforma, la cual amenaza siempre ser desbordada por la revuelta ante la falta de alternativas radicales a los radicales problemas no resueltos"⁷.

Pero, pese al abandono de la alternativa revolucionaria, las desigualdades sociales y económicas, las condiciones sociales y económicas que condujeron a los conflictos armados y las dictaduras de las décadas de 1970 y 1980 no han sido resueltas, con la democracia se han soslayado, y se han abierto huecos por los que protestar que están sirviendo de salida, de válvula de escape para la presión, pero que no desactivan la bomba de relojería que supone la situación.

NOTAS

¹ Colomer Viadel, Antonio, *Crisis y Reformas en Iberoamérica ¿... y la Revolución?*. Valencia, Editorial Nomos, 2002, 19.

² Para un amplio desarrollo de esta teoría del cambio de paradigma teórico y la importancia de la transición en el nuevo paradigma ver: Pérez Serrano, Julio, "Continuidad, cambio e innovación en la transición política española: su aporte a la conformación del paradigma global", Ponencia Invitada a *La Transición Política Española. 25 aniversario de la Ley de Reforma Política*, Córdoba, 11-14 de diciembre de 2001, Universidad de Córdoba; Pérez Serrano, Julio, "La Transición española en la génesis del capitalismo global, 1973-2003", en Navajas, Carlos (ed.), *Actas del IV Simposio de Historia Actual*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2004; Pérez Serrano, Julio, "Las transiciones políticas en la génesis del capitalismo global, 1973-2003", en Pérez Serrano, Julio (ed.), *Nuestro Patrimonio Común. La comunidad Iberoamericana en la época del capitalismo global. 1. El difícil camino hacia la democracia. Dictaduras, transiciones y regímenes posttransicionales*, Cádiz (España), Grupo de Estudios de Historia Actual (GEHA); Asociación de Historia Actual (AHA), 2004.

³ Botana, Natalio R., "Democracias a medio hacer". *Foreign Affairs en Español*, Verano 2001.

[Publicación en línea], Disponible desde Internet en: [Con acceso el 29/05/2004].

⁴ Zamora, Rubén Ignacio, "Participación y democracia en El Salvador", en Córdova Macías, Ricardo; Maihold, Günther; Kurtenbach, Sabine (Comps.), *Pasos hacia una nueva convivencia: democracia y participación en Centroamérica*, San Salvador (El Salvador), FUNDAUNGO, 2001, 67.

⁵ Giddens, Anthony, *Un Mundo Desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid, Taurus, 2000, 85.

⁶ Colomer Viadel, Antonio. *Crisis y Reformas...*, op. cit, 124.

⁷ Ribera, Ricardo, "De la guerra a la paz. Análisis dialéctico del proceso histórico salvadoreño", *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 95, septiembre-octubre 2003. [Publicación en línea], Disponible desde Internet en: <<http://www.uca.edu.sv/facultad/chn/c1170/delaguerraalapaz.html>> [Con acceso el 10/12/2003].

Cué, Carlos E., *¡Pásalo!: Los cuatro días de marzo que cambiaron el país*. Barcelona, Ediciones Península Atalaya, 2004, 143 pp.

Por Inmaculada Ramírez Pérez
(Universidad de Sevilla)

El 11 de Marzo es una fecha que llevaremos todos grabada en la mente para el resto de nuestras vidas. Cada persona vivió los acontecimientos de una forma diferente, individual, única, lo que hace que el atentado tenga millones de matices que tal vez nunca lleguemos a percibir.

Sin embargo, *¡Pásalo!*, no es una crónica más de la experiencia sufrida por los heridos o los familiares de las víctimas. Es cierto que más de una vez Cué da la terrorífica cifra de 190 muertos y repara en alguna de las frases más impactantes que gente anónima escribió en la estación de Atocha, pero no ahonda en muchos más aspectos de este tipo en lo que a lo sentimental y macabro se refiere.

Como profesional, (Cué es periodista de la sección Política de *El País*) me parece admirable la labor que el autor realizó en esos días de final de campaña electoral y con un acontecimiento de tal magnitud, puesto que el seguimiento exhaustivo al que sometió a prácticamente todos los medios del país (incluidos los autonómicos) es digno de mención. RNE, COPE, Onda Cero, Cadena SER, TVE, Antena3, Tele5, CNN+, TeleMadrid, Canal Sur, TVG, El País, ABC, El Mundo, La Vanguardia, La Razón y El Periódico de Cataluña son algunos de los medios

a los que Cué somete a un análisis desde el punto de vista periodístico, tratando desde las líneas de redacción de cada uno de los mismos, a las formas de componer las portadas de los distintos periódicos, pasando por la forma de moderar los debates radiofónicos. El autor ha sido capaz de seguir, observar y analizar todo lo ocurrido con la información en esas horas de descontrol y desasosiego desde una esfera que se acerca bastante a lo objetivo.

Las fuentes con las que Cué ha contado para completar al detalle el análisis que realizó en cuatro intensos días, son esenciales, importantes e interesantes: Carlos Dávila (RNE), Daniel Anido (Cadena SER), Juan Luis Cebrián (Grupo PRISA - *El País*), Juan Diego Botto (Cultura Contra la Guerra), Josefina Elías (Opina, empresa que realiza las encuestas diarias de Cadena SER), Steven Adolf (corresponsal de la radio nacional holandesa y del periódico *NRC Handelsblad*; miembro del Círculo de Corresponsales de España), Eduardo Haro Tecglen (*El País*), Félix Tijero Blanc (profesor de Comunicación de la Universidad de Vitoria), etc.

En *¡Pásalo!* no sólo nos encontramos con una descripción detallada de la "partida de ajedrez"¹, tal y como lo denomina el autor, a la que Gobierno y oposición estuvieron jugando en el tablero del país y con las piezas de los ciudadanos, sino que hay un análisis mucho más profundo del vuelco sucedido en las Elecciones Generales de 2004. Partes importantes del libro se dedican al Prestige, al 'Decretazo', a la LOU - o Ley de Reforma Universitaria-, a la Huelga General de 2002 y el seguimiento que los medios hicieron de la misma, a todo el movimiento del 'No a la Guerra', y un largo etcétera, convirtiéndose así en un listado de razones y explicaciones más que suficientes para entender y aceptar el mencionado vuelco. El autor lo describe perfectamente con éstas palabras, cuando narra el tipo de gente que celebra en Ferraz la victoria del PSOE el 14 de Marzo: "Muchos han estado en las manifestaciones del día anterior frente a la sede del PP. Y antes en las del viernes. Y antes en las de la guerra. Y antes en las del Prestige. Y antes en las del Decretazo. Y antes en las de la reforma universitaria. Han vivido dos años en la calle, de protesta en protesta"².

Al principio, el lector puede parecer un poco desubicado, puesto que Cué se centra en la sucesión de los hechos que a una sola persona

hicieron escribir el primer mensaje de teléfono móvil convocante para las increíbles manifestaciones tachadas de "ilegales" en la supuestamente infranqueable, hasta entonces, jornada de reflexión. La palabra final de dicho mensaje se nos desvela como la clave de tan magna movilización de personas: "¡PÁSALO!". Esta persona ha tenido que permanecer en el anonimato, por cuestiones lógicas, pero es, sin duda, una de las fuentes más importantes que ilustran el libro, puesto que certifica que no ha sido hecho superficialmente, sino que el periodista ha movido hilos, se ha entregado para conseguir la rotunda perfección que se desprende de su obra.

Poco después, el autor nos habla sobre algunas declaraciones que Gaspar Llamazares, Secretario General de Izquierda Unida, realizó el 20-J, día de una memorable Huelga General que también fue manipulada por los medios de comunicación oficiales y los afines al entonces Gobierno; aunque pueda parecer que no tienen mucho que ver con el tema, éstas palabras supondrían el principio de un largo camino de observación y análisis sobre poder, información y medios de comunicación. Aquí esta la clave que Llamazares desveló para la comprensión de lo que sucedió durante cuatro años de mayoría absoluta: "Es como el parte franquista. Y como entonces, habrá que leer prensa extranjera para saber qué ha pasado en España"³. Y así fue. La cadena de televisión BBC, los periódicos *Le Monde* y *La Repubblica* y los medios denominados "de contrainformación" de Internet, Indymedia y Nodo50, se convirtieron en fundamentales para hacer ver a los ciudadanos la manipulación informativa a la que estaban siendo sometidos por el Gobierno, según refleja Cué en su libro.

Así, se observa que movimientos creados a partir del descontento que el ejecutivo de Aznar provocó en distintas situaciones, como por ejemplo Cultura contra la Guerra o Burla Negra, desprendidas de la participación de España en la guerra contra Irak y de la catástrofe del Prestige respectivamente, el método del boca a boca, la sensibilidad e impotencia ciudadana creada en los últimos años y las nuevas tecnologías (móviles e internet), conforman una combinación perfecta para hacer tambalear a un Gobierno: "el PP comprobó que no es tan fácil controlar todo el aparato del Estado"⁴, tal y como Cué afirma.

En *¡Pásalo!*, el autor ha ido insertando una serie de conceptos claves que, a mi entender, poseen ya una fuerza considerable en los debates de la opinión pública: "El fuego de la duda", "Mentira de Estado", "Cadena de Confianza", "Comité Anti-manipulación" etc. son frases, o al menos lo son algunas de ellas, que aparecen en cualquier lugar del país, en amenas charlas o graves análisis. Las frases que se vitorearon en las multitudinarias manifestaciones antes de las elecciones se han recogido a la perfección y han sido insertadas en al menos dos capítulos, donde alguna de ellas ha servido también de título a los mismos.

Evidentemente, junto al análisis de medios, se ha realizado también un análisis político, como no podía ser de otra forma. Nombres como Aznar, Zapatero, Rajoy, Acebes, Blanco, etc. se repiten continuamente, puesto que la participación de estos personajes en la lucha por saber la verdad es decisiva, e incluso las intervenciones para dar a conocer nuevos datos sobre los posibles autores del atentado se descubren ante el analista como meramente electoralistas, y se desprende de este análisis una estrategia que da la sensación de estar perfectamente trazada entre los dos partidos mayoritarios del país, aunque Cué no lo afirma claramente, se limita a dar la información.

De ésta forma, *¡Pásalo!*, se nos presenta como un libro cercano, entendible para cualquier persona que siga la política del país, con un lenguaje poco especializado, pero no por ello vulgar, y lo que es más importante, trata los hechos del atentado del 11 de Marzo en Madrid desde una perspectiva que no es la habitual, mediante un análisis de los medios de comunicación y de las reacciones que la información que se daba en los mismos provocaron en la sociedad, todo ello realizado con una capacidad de retrospectiva histórica que resulta esencial para justificar las nuevas hojas que se van escribiendo en el libro de la Historia de España.

NOTAS

¹ Cué, Carlos E., *¡Pásalo!: Los cuatro días de marzo que cambiaron el país*. Barcelona, Ediciones Península Atalaya, 2004, 108.

² Ibid, 132.

³ Ibid, 32.

⁴ Ibid, 37

Cuenca Toribio, José Manuel, *Catolicismo social y político en la España contemporánea (1870-2000)*. Madrid, Unión Editorial, 2003, 451 pp.

Por Fernando López Mora
(Universidad de Córdoba)

Pergeñado a partir de un estado de la cuestión exhaustivo y desde el análisis de la producción historiográfica más actual, lo primero que llama la atención al lector del último libro del prolífico catedrático cordobés es la magnitud del empeño realizado: una visión panorámica y revisionista del impacto del catolicismo social y político español desde el último tercio del siglo XIX.

Si la magnitud del trabajo sorprende, la óptica comparativa regional en algunos de sus capítulos da aquí los mejores frutos. Tan frecuentados, como estamos, de estudios fragmentarios y locales, este libro demuestra que la vía comparativa regional es especialmente fértil, y hasta necesaria, en el momento actual de la historiografía contemporaneísta española. Los lectores más exigentes pudieran echar de menos referencias en algún punto más relacionadas con citas comparativas extranjeras del catolicismo occidental. Pero es suficientemente conocido que este mismo autor ya las ha roturado en numerosas obras precedentes y que su inclusión tal vez desbordaría un aparato crítico ya de por sí ingente en esta obra de compromisos historiográficos cumplidos.

Tras un pórtico introductorio acerca de los antecedentes directos ochocentistas, el plan de trabajo esta dividido en una estructuración dual, temática y cronológica, que articula todo el índice general en torno a la azarosa articulación de una presencia política de inspiración cristiana y, sobre todo, a la dinámica pero nunca acabada actividad social y sindical del catolicismo español. Sólo a partir del planteamiento de los primeros fracasos del catolicismo político, se ofrece una presentación valorativa de la consolidación del asociacionismo cristiano de finalidad gremial y sindical desde comienzos del XX, glosando el mayor peso rural y detallando su implantación a partir de una división geográfica simple –sureña y norteña– pero efectiva y clarificadora a la par. A continuación se pasa a dibujar la débil línea del sindicalismo católico profesional, el más urbano. Y se culmina tan vasto ensayo con la exposición, ciertamente revisionista, del papel político y sindical del catolicismo sociológico en la II

República, el impacto traumático de la guerra del 36, el mundo tan mutilador de la dictadura franquista y la postrera travesía democrata-cristiana, ya en la Transición.

Toda esta empresa intelectual se ha conciliado en torno a la presencia de dos imperativos: dar cuenta de la diversidad sociológica y asociativa del catolicismo español y retratar las líneas de fuerza que dan a su evolución, en relación al mundo político y social moderno, intelegibilidad histórica.

Ya se ha avanzado que rastreada historiográficamente de manera exhaustiva –y hasta sorprendente para un empeño individual– por el autor de la monografía que se reseña y valorada a la escala de siglo y medio, la historia de esta presencia muestra la importancia del hecho asociativo profesional agrícola a pesar de sus discontinuidades, así como las limitaciones manifiestas de su traducción genuinamente política, salvo etapas más avanzadas del XX. En especial, el profesor Cuenca facilita apreciar como una verdadera "economía social", agrícola y rural, comenzó a afirmarse desde el último tercio del siglo XIX. Dado su peso en la población española, las familias campesinas representaron por ese tiempo –y por largo tiempo entre nosotros– un objetivo político y social considerable. Una auténtica prolificidad de sociedades e institutos se desarrolló, reflejando el arco iris ideológico de entonces, con sus obediencias, sus representaciones respectivas y sus notables oposiciones. El cristianismo social no fue ajeno a estas ambiciones. En no pocas ocasiones representó, siquiera funcional y organizativamente, un aporte mayor. Dicho de otra manera, de la lectura de la obra reseñada se concluye que durante buena parte de nuestra historia contemporánea especialmente el marco campesino estuvo muy influenciado por la apuesta católica en determinadas zonas del espacio peninsular, donde llegó a ser predominante.

Estas valoraciones no dejan de ofrecer originalidad historiográfica. Generalmente se ha presentado la historia de las asociaciones y del marco social surgidas de dos matrices: confesional y de clase, peraltándose en nuestra tradición investigadora el peso del movimiento obrero de talante transformador. En el último de los casos, se trata de una historia relativamente bien conocida y, sobre todo, muy trabajada. Otras dinámicas lo son menos, no habiéndose

beneficiado de trabajos comparables, contruidos sobre la explotación de archivos y testimonios documentales equiparables. Tal vez por ello son asimismo raros los ensayos de porte nacional sobre la génesis y el desarrollo de los movimientos asociativos, sociales y políticos, imbuidos directa o indirectamente por la corriente del catolicismo. Durante los últimos lustros, con todo, las nuevas orientaciones epistemológicas y la pleamar de la producción historiográfica regional las han enriquecido, implicando una multiplicación y un estallido de puntos de vista. Por ello mismo se hace justo destacar el aporte de obras como ésta que, sin renegar de los aportes teóricos más diversos, privilegian una aproximación general, una perspectiva globalizadora. Con este *Catolicismo social y político en la España Contemporánea...*, José Manuel Cuenca resuelve el desafío con éxito. Muy informado y atento a los trabajos más recientes, el ensayo que presenta logra con eficacia resumir y enjuiciar sin compromisos apriorísticos, y sin cortocircuitar.

Inscribiéndose por lo demás en el sentir renovado que lanza, sobre la religión y su proyección social, una mirada emancipada tanto de lecturas ortodoxas dictadas al compás de los siglos por la Iglesia misma, cuanto de las construidas a partir de miradas más descreídas, el profesor Cuenca adopta una observación generosa pero crítica. Del tipo de la exigible a un verdadero profesional de la Historia. Sus análisis interpretativos, surgidos a partir de un estado de la cuestión apabullante en exahustividad, suelen ofrecer un tono con todo pesimista. El autor constata la esclerosis final de las corrientes mayoritarias del catolicismo social y político en su aplicación práctica, siempre por lo común escasas de continuidad y de verdadero impacto social en el mundo popular. Lamenta la marginación sufrida por el catolicismo sindical más vindicativo e independiente por parte de las propias jerarquías eclesiásticas. Más aún; en sus conclusiones finales los propósitos se tornan severos acerca de un sindicalismo y una sensibilidad política que no acabaron de tomar cuerpo sociológico en este espacio de oportunidades perdidas que significó el más reciente mundo contemporáneo para los católicos españoles. La desazón y la mirada desencantada son, en ocasiones, patentes. Cabría preguntarse si la intencionalidad del autor es exorcizar el futuro de la articulación social y política española o sólo mostrar las debilidades e inconsistencias del pasado más reciente, a través de un recorrido crítico que toma en esta ocasión

ejemplo a partir de una mirada del catolicismo más directamente relacionado con la "cosa pública" y los problemas sociales. ¿Se avisa o sólo se constata?

Obsesionadas por el mantenimiento del orden social, las corrientes del catolicismo social no siempre profesarán sintonía con las verdaderas necesidades del mundo del trabajo; pero el celo con el cual atacarán a las veces el problema de la pobreza y las energías que desplegarán en la edificación de un verdadero sindicalismo católico merecen ser evaluadas en su justa importancia. "Coloso con los pies de arcilla", el catolicismo español recibió con dureza los golpes de la sociedad moderna. El moralismo con que se imbuyeron sus representaciones sociales explica asimismo las limitaciones de su reactivo celo renovador. El profesor Cuenca en su libro saluda la implicación final del catolicismo más contemporáneo en el combate a favor de la justicia social, pero deplora las inconsistencias e irregularidades de su proyecto español.

Podemos medir el camino recorrido por la jerarquía católica misma, si consideramos las novedades ideológicas dispuestas por la encíclica *Rerum Novarum*, que constituye un paso mayor en esta dirección. Después de haber muy severamente juzgado a los católicos sociales, el Vaticano propuso un texto antiliberal, antisocialista y tradicionalista donde se postulaban abiertamente la noción del justo salario y el estudio de las reformas necesarias. Bernanos dijo de la encíclica de León XIII que "la tierra tembló ese día", al conjuntarse el mensaje evangélico y la nueva percepción de los problemas sociales. El libro del profesor Cuenca constata que esto fue cierto en parte, pero que en parte también el catolicismo no supo dar consistencia a ese intento de acomodarse al mundo y a los nuevos valores del trabajo y la democracia.

En fin, este trabajo muestra todo el interés que una investigación sobre el catolicismo en España puede tener para mejor comprender las relaciones en ocasiones tensas, pero a las veces muy fructíferas, entre religión y modernidad.

Nótese asimismo la ambición de estilo que rezuma toda esta obra de porte ensayístico. Un ensayismo cuya elegancia se pone a veces en sintonía con cierta majestuosidad parsimoniosa en la que, asimismo, caben las intrusiones a una expresión más directa, muchas veces presentida

a través del eco que dejan ciertas frases y palabras capaces de hacernos regresar, con ferocidad imprevista, al mundo de todos los días¹.

Las razones de leer el libro *Catolicismo social y político...* son numerosas y hasta urgentes. Sobresalen dos. En primer lugar, es necesario destacar el esfuerzo interpretativo que realiza aquí el contemporaneista sevillano quién, integrando los propósitos de trabajos precedentes de tipo general y sobre todo los más numerosos de ámbito local hasta ahora escasamente agavillados, consigue firmar un estudio conclusivo y original en no pocos aspectos (por ejemplo ajustando la importancia de las prácticas católicas asociativas en el mundo del trabajo rural, peraltando la participación y la movilización de las mujeres en el seno de sus distintas organizaciones confesionales, revisando el origen sociológico y cultural de la CEDA). En conjunto, este trabajo ilustra mucho de las nuevas y fecundas tendencias en historia política, social y de la cultura religiosa. Y no pocos esclarecimientos sobre cuestiones apenas documentadas a escala nacional. La segunda razón no por más evidente es menos importante: desconocer el lugar ocupado por el catolicismo en la reciente Historia de España es condenarse a no comprender nada.

Sólo cabe felicitar por la publicación de un libro que habremos de tener a mano obligatoriamente los que nos interesamos por el pasado y el presente español desde no pocos puntos de vista. Porque este estudio representa una llave para abrir el relativo hermetismo historiográfico de instituciones y modelos de participación sociopolíticos similares, que aquí obtienen una valoración inicial y una contextualización histórica que nos ha de ser muy útil, y en muchos casos.

NOTAS

¹ Ese esfuerzo y ese afán literarios merecerían en futuras ediciones la corrección de algunas erratas editoriales (por ejemplo "Rerum Novarum" por "Rerum Novarum" en la página 30 y la nota 1 del capítulo II; ASV, "Acción Social Popular", por ASP en la 265; elipsis en la 44). Algo más numerosas en ciertas notas a pie de página (por ejemplo notas 30 y 36 del capítulo I, 1 del II, 118 y 119 del IV).

Kagan, Robert, *Poder y debilidad. Europa y EEUU en el nuevo orden mundial*. Madrid, Taurus, 2003, 165 pp.

Por David Molina Rabadán
(Universidad de Cádiz)

Pocas obras disfrutan de las virtudes de la oportunidad y de la polémica. Y ambos dones los tiene la obra de este articulista y politólogo estadounidense. La publicidad editorial lo presenta como uno de los ensayos sobre el nuevo orden mundial más influyentes de los últimos años, a la altura de *El fin de la Historia* y *El choque de civilizaciones*. Y lo cierto es que la revista donde apareció, en junio del 2002, el artículo original, *Policy Review* lo muestra como una sección aparte, contando con un enlace en la página principal¹.

Oportuno y polémico. La primera característica de este libro puede apreciarse a simple vista: *Poder y debilidad* se ocupa de las discrepancias entre Estados Unidos y la UE sobre el conflicto de Irak así como las disensiones dentro de la UE con motivo de la ofensiva de Washington sobre Bagdad en un momento en que éstas alcanzan su máxima tensión. Aunque las páginas de este ensayo van más allá y ahondan en el nuevo entorno de seguridad que la destrucción del Muro de Berlín creó y cómo los dirigentes de ambos lados del Atlántico han rediseñado su política exterior, acelerando el proceso los sucesos del 11 de Septiembre.

Es esta nueva (o mejor dicho, vieja conocida con nuevos ropajes) manera de hacer política internacional, tan dada a la violencia explícita en contraste con los "conflictos de baja intensidad" y los duelos en las mesas de negociación tan típicos de la Guerra Fría, la que facilita la atención hacia esta obra por parte de la comunidad académica y el público interesado en los asuntos mundiales. Robert Kagan trata de la fuerza, de la *matchpolitik* en estado puro aunque matizada por el idealismo de la defensa de las libertades democráticas, elemento muy común en los duros realistas y neorealistas anglosajones. Por supuesto, es esta actitud de confianza en los medios coercitivos la principal característica de Norteamérica y la ausencia de los medios y sobre todo de la confianza en ella lo que define a la vieja, nunca más vieja para este periodista estadounidense, Europa. Otros libros han seguido el mismo camino en los últimos años: citemos tan sólo los también muy conocidos *La anarquía que viene*² o *El retorno*

*de la Antigüedad*³, cuyo autor es el también periodista Robert Kaplan, que describe un mundo abocado a la ley de la selva y al conflicto perpetuo. A no ser que Estados Unidos se rearme material y doctrinalmente para ejercer un dominio civilizado y pacificador a lo largo y ancho de un planeta, en vías de desintegración a causa de los Estados-parias, la cara negativa de la globalización, los fundamentalismos religiosos, los movimientos étnicos, la crisis medioambiental...

Y no sólo es oportuna la lectura de Kagan en cuanto que ofrece una visión de la realidad en cierta forma concordante con los hechos que la conforman. También ofrece una perspectiva teórica que entra en pugna con las interpretaciones del mundo de la posguerra fría y la globalización que hasta ahora se habían hecho. El autor subraya los elementos de fricción con las hipótesis de trabajo clásicas de la corriente realista, centradas en cuestiones militares, los Estados y la capacidad de ejercer su voluntad en un escenario anárquico y no sometido ni a leyes ni a instituciones supranacionales. Ahí es donde surge la polémica.

En primer lugar, parafraseando a Mark Twain, los rumores sobre la "muerte" del Estado han sido exagerados. Se presenta una y otra vez a lo largo del escrito el contraste entre un Washington con una visión estratégica y unos medios centralizados en unas pocas manos y una Bruselas dudosa y vacilante ante los intereses y tradiciones en política exterior de cada uno de los países miembros de la UE: el planeta es, entonces, demasiado complejo y se transforma a un ritmo tan rápido para que organismos supranacionales puedan entenderlo y sobre todo actuar de forma efectiva.

Luego, qué tipo de amenazas se ciernen sobre el ya no tan pacífico y próspero horizonte que auguraban los profetas de la mundialización. De nuevo, Kagan vuelve a utilizar a los pensadores clásicos de la línea dura de interpretación de la política exterior. Desdeña a esos "mercantilistas" europeos, quienes sólo quieren ver problemas que sólo pueden resolverse con ingentes cantidades de dinero y esfuerzo en ingeniería social: inmigración, delincuencia global, discriminación de la mujer y las minorías étnicas, conservación de los recursos naturales, recolocación de las viejas industrias y de su mano de obra en el entorno de la nueva economía...

En cambio, USA sí sabe ver, a los ojos de este conservador estadounidense, la raíz del verdadero mal de este principio de siglo XXI: la falta de un auténtico *hegemon* que haga sentir con mano dura los dictados de ese nuevo orden mundial que se reclama desde los tiempos de la administración de Bush padre. Afortunadamente esos dictados vienen de una potencia "liberal y progresista" como es Estados Unidos (de esa forma son descritos en el libro). El ser humano necesita orden y si tiene que suministrarlo el Pentágono, es que no hay más remedio. Europa, en cambio, no. No puede proporcionar ese orden porque estos problemas, para Kagan, no se resuelven con dinero y capital intelectual. Ya sea por un lado, porque se trata de un continente decrepito y abocado al envejecimiento según las proyecciones demográficas (aunque no parece tener en cuenta los aportes de población de Europa Central y del Este de los nuevos países miembros y sobre todo de las comunidades inmigrantes asentadas en el continente), cuyas previsiones de desarrollo económico son pavorosas de acuerdo a las seleccionadas por el autor. Ya sea, por otro, porque sus sistemas políticos y estructuras socio-económicas tienden a frenar el avance de la economía y el aumento de los presupuestos de defensa a causa de lastres como los gastos en servicios sociales, defensa del medioambiente, educación pública...; y a promover una cultura del hedonismo, profundamente antiamericana, alejada de virtudes marciales y presta a guarecerse bajo el paraguas estadounidense como hizo en la I y II Guerra Mundial o durante la Guerra Fría.

Por último, qué medios se usarán ante estas nuevas amenazas. La tesis de Kagan es sencilla: el poder blando no es más que palabrería sofisticada sin resultados. Los créditos de ayuda al desarrollo o el fomento de la democracia son inútiles si detrás no vienen los marines. USA los tiene, Europa no. De ahí que Europa se esconda tras entidades obsoletas como la ONU para evitar hacer el trabajo que le corresponde. Aunque al autor parece escapársele que en 1941 el ejército de Estados Unidos era comparable al de Bélgica en 1939 y no podía ni armar adecuadamente a dos divisiones. En cambio, su potencial económico era inconmensurable. Algo parecido le sucede hoy a la UE. Y algo parecido le sucedió a USA hasta su momento de mayor poder en los años 50. Hasta esos años era USA el país mercantilista y contrario a la guerra, a excepción de extremistas como Teddy Roosevelt. Luego, llegó la hora de los militares y el uso de la fuerza como medio de

conservación de su status ante el declive de su economía a causa de los imperativos geoestratégicos y el extraordinario desarrollo del proceso globalizador.

Finalmente, quisiera hacer notar que si según su tesis si la UE prima la diplomacia y el uso del crédito económico depositado en el euro a causa de su debilidad militar y estratégica, entonces, ¿quizá no esté USA en la tesitura de recurrir al general Myers porque Greenspan ya no puede dar más de sí?. ¿No será que en la era del conocimiento y la nueva economía estas dos cosas son las que más le faltan a Estados Unidos?. En suma, creemos que *Poder y debilidad* aunque en algunos momentos es sugestivo no es más que un ejercicio de retórica destinado a hacernos creer que la 'debilidad' de USA en materia de ciencia, educación, desarrollo, medioambiente, legitimidad democrática... puede transformarse, por medio de hazañas bélicas ante rivales insignificantes, en 'fortaleza'. Un error que esperamos no se cometa más en otro Irak. Como decían los clásicos, "a quien los dioses quieren perder, primero lo vuelven loco".

NOTAS

* Traducción de la edición original en inglés *Of Paradise and Power: America and Europe in the New World Order* por Moisés Ramírez Traperó.

¹ Vid. <<http://www.policyreview.org>>.

² Kaplan, Robert D., *La anarquía que viene. La destrucción de los sueños de la posguerra fría*. Barcelona, Ediciones B, 2000.

³ Id., *El retorno de la Antigüedad: la política de los guerreros*. Barcelona, Ediciones B, 2002.

Napoleoni, Loretta, *Yihad. Cómo se financia el terrorismo en la nueva economía*. Barcelona, Ediciones Urano, 2004, 462 pp.

Por Andrés Herrera Feligreras
(Universidad del País Vasco)

Hay conclusiones que justifican libros y libros escritos para justificar conclusiones. ¿A cual de los dos grupos pertenece este trabajo?

Loretta Napoleoni pretende con *Yihad*, demostrar que la violencia con objetivos políticos, manifestada en atentados contra civiles y generación de clima de terror, tiene su origen en la Guerra Fría, ha sido una constante en

nuestra sociedad durante los últimos cincuenta años –al servicio de Occidente, las oligarquías musulmanas y la Unión Soviética– hasta conformar su expresión más novedosa –la "yihad moderna"¹– que el 11-S ha mundializado. Pero además de señalar esta persistencia y mutación del terrorismo en nuestro mundo, Napoleoni aborda un fenómeno que ella denomina Nueva Economía del Terror, cuyo volumen duplica el PIB del Reino Unido, en la cual convergen los sistemas de apoyo de los grupos armados, la delincuencia organizada y las economías occidentales.

La "yihad moderna", en tanto que última etapa evolutiva del terrorismo constituye el motor principal de esta Nueva Economía del Terror, sistema económico subordinado que choca con el sistema dominante: El capitalismo occidental.

Este choque de sistemas económicos es –para esta economista y profesora en la London School of Economics de Londres– un escenario similar, pero invertido, al producido durante las cruzadas, pues tras el discurso religioso se ocultaba la expansión económica europea. Según Napoleoni, existen importantes similitudes entre el llamamiento de Bin Laden en 1996 y el del Papa Urbano II en 1095 pero además subraya que "más remarcables son las similitudes entre el clima económico que suscitan las cruzadas cristianas y el proceso de formación de la Nueva Economía del Terror, que promueve el terror islamista"².

Tan sugerentes, y prometedoras hipótesis, "deberían" ir desarrollándose a lo largo de las tres partes –"I. Los años de la Guerra Fría: la dependencia económica del terror"; "II. El nuevo desorden internacional"; "III. La Nueva Economía del Terror"– que componen este trabajo. El libro sitúa al lector en el fenómeno terrorista de forma cronológica, describiendo el proceso desde la "guerra por poderes" librada por las dos superpotencias durante la Guerra Fría a través de distintos grupos armados hasta una actualidad marcada por la interacción entre el terrorismo internacional con Wall Street o la City londinense.

Si responde o no la autora a sus objetivos y justifica sus hipótesis es algo que el lector deberá juzgar, no obstante, la lectura de las tesis sostenidas *Yihad* plantea algunos interrogantes.

En primer lugar hay que partir de la premisa que, para la autora, el análisis político del

terrorismo está contaminado por los distintos sentimientos y perspectivas que impiden un consenso en torno a su definición y, por supuesto, una mirada fría del fenómeno que permita la búsqueda de soluciones. Como alternativa propone la ciencia económica como herramienta para el estudio de las fuerzas motrices que mantienen las organizaciones armadas y pretende acercarse a la cuestión desde ese "novedoso" y "objetivo" ángulo que es el análisis económico. Este análisis revela la interdependencia entre la Nueva Economía del Terror y las economías occidentales y sugiere, puesto que según la tesis de la autora son dos sistemas distintos, cerrar progresivamente sus canales de interacción como primer paso en la lucha contra el terrorismo. Este paso, sostiene Napoleoni, debe darse por el conjunto de los ciudadanos, utilizando todos los resortes de la sociedad abierta y en particular "la oportunidad de estar informados acerca de las decisiones económicas que rigen nuestra vida y de participar en ella"³. ¿Significa eso que hasta ahora los ciudadanos no han aprovechado esta oportunidad o tal vez esa oportunidad es solo retórica?

Otra llamada de atención se encuentra en la definición que Loretta Napoleoni hace de la "yihad moderna" a la que describe como "compuesto de ideología revolucionaria islamista, la búsqueda de identidad musulmana y aspiraciones socioeconómicas"⁴. Tal definición abre distintos interrogantes: ¿Puede calificarse Al Qaeda como un movimiento revolucionario o –siguiendo su discurso– más bien podríamos hablar de un movimiento ultraconservador? Respecto a la identidad musulmana: ¿Deberíamos hablar de búsqueda –¿está perdida?– o sería más acertado relacionar la "yihad moderna" con la extensión de una interpretación rigorista y excluyente del hecho musulmán? En último lugar: ¿A que aspiraciones socioeconómicas se refiere la autora? ¿A las de las masas empobrecidas musulmanas? De ser así entraría en contradicción con su tesis de los dos sistemas y su ambiente económico de similitud con la época de las cruzadas, ya que es difícil imaginar a las elites mercantiles y financieras del Islam subvencionando un movimiento armado orientado a acabar con la explotación de los oprimidos musulmanes.

Finalmente, el lector debe tener en cuenta que, como Napoleoni reconoce, este no es un trabajo académico. Tal vez, la autora considera que

escribir en el ámbito de la divulgación le autoriza a ciertas afirmaciones sin necesidad de justificarlas (por ejemplo, la autora al hablar de ETA sostiene que los flujos migratorios al País Vasco fueron fruto de una política de reasentamientos realizada por Franco) o que, al estar fuera de la academia, cualquier fuente es válida. Así por ejemplo, es muy poco el trabajo de archivo y elaboración propia; las fuentes utilizadas son, en general, secundarias y dominan los artículos periodísticos y de revistas.

Este último aspecto, el de las fuentes utilizadas, resulta muy llamativo especialmente si, como declara la autora, pretende eludir la trampa de lo político en este asunto. Por ejemplo para analizar el patrocinio de la Unión Soviética, de la actividades insurgentes y de los grupos terroristas, se utilizan información realizada en plena guerra fría por centros de análisis occidentales o para referirse a las actividades iraquíes utiliza las informaciones elaboradas por la CIA, el FBI o los medios de comunicación norteamericanos e ingleses antes de la guerra de Irak.

Para terminar dos observaciones. En primer lugar, en la bibliografía se echan en falta autores como Kepel, Roy o Tariq Ramadan, básicos para un acercamiento al mundo musulmán contemporáneo. Por último, recomiendo encarecidamente la lectura de las definiciones de grupos y el glosario situados al final del ensayo, resultan excelentes para conocer a la autora de este libro escrito del revés.

NOTAS

* Traducción de la edición original en inglés *Modern Jihad: Tracing the Dollars Behind the Terror Networks* por Ana Jolis y J. A. Bravo

¹ Título del original en inglés: Napoleoni L., *Modern Jihad*, Londres, Pluto Pres, 2003

² Napoleoni, Loretta, *Yihad. Cómo se financia el terrorismo en la nueva economía*. Barcelona, Ediciones Urano, 2004, 184.

³ Ibid, 340

⁴ Ibid, 269.

Paksoy, H.B., *How Governed, Who Pays?* Lawrence (KS), Carrie, 2001, 79 pp.

Por Dan Krejci
(Texas Tech University)

H.B. Paksoy spent 18 years of his life letting the creative juices flow in order to come up with a

fascinating text that prompts us to ponder the political and historical aspects of identities. This is a manual -written in the classic axiomatic paragraph style of Confucius, Aristotle, and Marcus Aurelius- which provides a sense of direction for discourse and research not only in the field of political science, but also history, sociology, and anthropology.

Paksoy effectively uses 13 chapters to convey not only how our identities (we have several) are governed, but also how we pay for these identities. In addition, he successfully demonstrates how these identities affect 'the way' we are governed in a society and how we pay for this government. Paksoy is not attempting to provide a general theory of identities or government -even though on the surface it may appear as if he is driving us toward a general theory- rather he is attempting to provide us with subjects, variables, and hypotheses for use in our discourse and research.

According to Paksoy¹, "The objective here is to better understand the nature and uses of identity; be that identity [so conceived as having] natural roots or [rather] is a synthetic creation of Thought Employers." To better understand the concept of identities Paksoy² asks the question "is there a set of universal principles governing identity?". Asking this question makes it appear as if he is positing a general theory, yet what he mostly concentrates on is a collection of previous work that has left us with some good observations, yet these observations have left us with many questions that cry out for further discourse and research.

He presents the reader with 13 succinct chapters which present numerous short paragraphs, most of consisting of one sentence, in order to provide a starting point for discourse on the subject of identities. The various subjects of identities that he addresses are varied in their nature and include the following: Uses of Identities, Official Identity, Leavening of Identity, Identity of Governance, Commercial Identity, Interaction of Identities, Corporate Identity, Identity of Belief Systems, Mosaic Identity, Technological and Future Identities, Secret Identities, and Observations. The reader will quickly pick up on the works of Confucius (Paksoy's reference to the importance of rituals), Adam Smith (discussion of Mercantilism), Luther, Spinoza, Wyclif, and the list goes on. Even though this may appear as nothing more than regurgitation, Paksoy takes these various works and correlates

them into a creative piece on identities. Arthur Koestler³ noted that one of the most important aspects of creativity is the ability to transfer and transform ideas from various domains into something new. Koestler⁴ referred to this as bisociation. Paksoy has done an excellent job of correlating various ideas in order to come up with some interesting concepts of how our various identities are governed and how these identities affect how we are governed. The payment for these identities is borne by individuals and society. In the end, Paksoy provides us with interesting fodder for discussion in both of these arenas. What follows is a brief discussion of those chapters.

Chapter 1 basically sets up the questions that the book addresses; yet, the text mysteriously leaves partially unanswered -which I sincerely believe is the author's intent. That is the genius of his work; he wants us to add, through discourse and research, what is missing. As a prime example, in Chapter 8 -Corporate Identity- he provides ample discussion of mercantilism and its effect on corporate identity but neglects any discussion of free-enterprise capitalism, socialism, or welfare-state capitalism. Chapter 2, Uses of Identity, Paksoy denotes the interesting point that identity can easily be equated to culture, yet this is only one aspect of identity. Chapter 3, Official Identity, is brought about through the use of myths, folklore (a type of myth) as well as belief systems and shared values (once again -culture), however not much emphasis is placed on why myths are so important. Chapter 4, Leavening of Identity, takes a look at the identities in general and notes that not only are myths important to official identities, but myths are important to identities in general. What is even more important is the role that education plays in the perpetuation of the origin myth. Chapters 5, 6, 8 (previously mentioned), 11, and 12 discuss specific types of identities.

Chapter 5 presents a discussion on the Identity of Governance. In this chapter's review of the identity of governance, Paksoy indicates the importance of language (shades of Wittgenstein) in establishing governance identities. He further notes that how we choose to govern our society is all part of creating an identity for that society. Chapter 6, Commercial Identity, discusses the ramifications of trade wars and that resources are at the heart of what countries do or fail to do. Resources, particularly the scarcity of resources, are at the heart of most wars. Chapter 11 deals with what affects our future identities -

technology. I would note that technology affects identities in the present as well as future tense. In this chapter, he makes an interesting observation that the advent of the fireplace is a factor that weakened the relationship between a king and his nobles. Since fireplaces could be constructed in many different rooms, this allowed for separate sleeping arrangements, which, in turn, decreased the "intimate contact" between a king and his nobles⁵. This decrease in intimate contact led to a decrease in the noble's loyalty to the king. Chapter 12, Secret Identities, notes how and why we are persuaded to adopt secret identities. One reason that we adopt secret identities is because we want to escape the rules that govern our identities in the society in which we live. In addition, Paksoy notes that these secret identities do not remain secret for very long (we have a hard time keeping secrets). The remaining chapters deal with other factors that affect identities in society.

Chapter 7 discusses how identities react both to internal and external factors. The most interesting chapter from the viewpoint of this reviewer is Chapter 9, Identity of Belief Systems. In this chapter, Paksoy's notes that belief systems serve the purpose of instructing unfathomable subjects to the uninitiated, which would almost seem to be an impossible task. I note this simply because if something is unfathomable and the uninitiated are probably they way they are 'uninitiated' because they lack the education in order to comprehend; therefore, this seems to beg the question: how would they (the uninitiated) know that the belief system is fulfilling its purpose by providing correct information on the unfathomable. This, of course is probably what Paksoy wants us to discuss. Just because a belief system states that it is providing answers to the unfathomable does that mean we should take the word of those pontificating the belief system and act just like sheep being led to the proverbial slaughterhouse?

Chapter 10, Mosaic Identities, notes how societies may have a diversity of identities but this diversification will not be considered a mosaic identity until, according to Paksoy⁶, "the collective population of the sub-groups within a dominant identity grows approximately equal to that of the main identity, a mosaic identity is invariably developed." Finally, in Chapter 13 Paksoy leaves us with his observations on identities and systems of governance. As with all

works in academia, Paksoy has some strong and weak points.

The political scientist or historian who takes up this work in hope of finding a general theory or set of specifically addressed hypotheses will be somewhat disappointed. This, of course, was not the apparent intent of the author. What this book does well is provide us with topics of discourse and research questions, and there is the beauty of his work. I have found that the most important aspect of academic studies is not the answers we attempt to find; rather the beauty of academic work is developing the *well-worded* question. From Paksoy's work, we are able to do just that -develop the *well-worded* question.

NOTES

¹ Paksoy, H.B., *How Governed, Who Pays?* Lawrence (KS), Carrie, 2001, 4.

² Ibid.

³ Koestler, A., *The Act of Creation*. London, 1964.

⁴ Ibid.

⁵ Paksoy, H.B., *How Governed...*, op. cit., 68.

⁶ Ibid, 54.

Reinares, Fernando, *Terrorismo Global*. Madrid, Taurus, 2003, 180 pp.

Por Marcela Iglesias Onofrio
(Universidad de Cádiz)

Terrorismo Global constituye una obra que cumple con su cometido explícitamente señalado en el prefacio: no está escrito para especialistas en asuntos de seguridad y da respuestas a una serie de preguntas que el autor estima frecuentes en la gente de hoy en día. Se trata de una obra cuya perspectiva de análisis no deja dudas respecto del ángulo temporal-espacial desde donde se aborda, percibe y vive el problema -basta con observar la imagen de la portada de su libro: "El mundo occidental en la mira (del terrorismo global)". Fernando Reinares, miembro de la relación de expertos del Terrorism Prevention Branch de Naciones Unidas y autor de *Terrorismo y Antiterrorismo* y editor de *European Democracies Against Terrorism. Governmental Policies and Intergovernmental Cooperation*, va más allá de estimular una reflexión crítica, prescribe líneas de acción contra el terrorismo global a seguir por las democracias liberales del mundo occidental.

España es a la vez territorio víctima de actos terroristas -aun cuando en la prensa norteamericana en particular no se suele considerar a ETA como una organización terrorista- y territorio desde el cual se los combate, por lo que es de temer, según el autor, que sus ciudadanos y gobernantes se conviertan en blanco del terrorismo global, "una violencia sin límites practicada por fundamentalistas islámicos que amenaza el mantenimiento de la seguridad mundial, el pacífico entendimiento entre civilizaciones y la viabilidad misma de los regímenes democráticos".

La primera pregunta a la que se da respuesta en los capítulos 1 y 2 del libro se refiere a las características del nuevo terrorismo internacional surgido al finalizar la guerra fría. Atravesando las fronteras nacionales, a finales de los 60, el terrorismo se volvió internacional y fue precursor del actualmente denominado terrorismo global cuyo objetivo último pretende modificar la distribución del poder a escala mundial. Reinares afirma que durante la década de los 70 y 80, el terrorismo internacional tuvo lugar dentro del marco de la división del mundo en los dos grandes bloques militares. Tanto desde el totalitarismo soviético como desde los países occidentales hubo a las claras un patrocinio estatal del mismo en pos de provocar problemas de gobernabilidad y estabilidad en países determinados de uno y otro bando.

Efectivamente, Europa Occidental fue escenario preferente del terrorismo internacional, entre otras cosas, por contar con una marcada presencia de comunidades inmigrantes segregadas en las que algunas organizaciones terroristas hallaron apoyo logístico y cobertura. Sin embargo, desde el final de la guerra fría, las actividades terroristas se han extendido hacia otras zonas del mundo.

Si bien países como Irán, Siria, Irak, Sudán, Libia y Afganistán junto con una veintena de grupos y movimientos extremistas islámicos contribuyeron para la creación de una red terrorista internacional, es a través de esta combinación dispar de entidades estatales y actores no estatales conjuntamente con el avance de la tecnología de las comunicaciones y la sociedad de la información lo que ha dado vida al terrorismo global, un terrorismo privatizado. El tercer milenio es testigo de una violencia transnacionalizada que adopta una estructura horizontal conformada en redes que se sirve de los progresos inherentes a la globalización para

ejercer sus actividades de reclutamiento, proselitismo, gestión de medios financieros, etc. Ejemplo de ello es Al-Qaeda, organización terrorista constituida por extremistas musulmanes, de composición multiétnica, creada en 1985 luego de haber acumulado experiencia durante varios años en el reclutamiento, adoctrinamiento y entrenamiento de decenas de miles de jóvenes musulmanes llegados voluntariamente de todo el mundo árabe para combatir la invasión soviética en Afganistán. De ahí su denominación Al-Qaeda, que literalmente significa "La Base", de datos.

Amén de los múltiples ejemplos de actos terroristas citados a lo largo de los capítulos, son los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 a Estados Unidos los que proporcionan la evidencia empírica clave para hablar de terrorismo global o más precisamente de megaterrorismo. El autor parte de considerar a Al-Qaeda como instigadora de los atentados en un intento por precipitar un choque de civilizaciones entre la islámica y la occidental, agrediendo al epicentro de esta última: Estados Unidos. Y no está equivocado. Motivos sobran para apoyar esta hipótesis si la pensamos desde la perspectiva huntingtoneana, esto es: Al-Qaeda basó su estrategia contando con que se diera una reagrupación de civilizaciones frente al conflicto, induciendo el "síndrome del país hermano" --apoyo de otros miembros de la misma civilización-- para conformar una coalición que participara en una guerra defensiva contra Occidente.

En los capítulos 3, 4, 5 y 6 se responden a los siguientes interrogantes: ¿A qué obedece el megaterrorismo que se hizo tan dramáticamente manifiesto con los atentados del 11-S? ¿Qué hay detrás del terrorismo suicida?

La inclinación al asesinato masivo de acuerdo con normas y prácticas religiosas resulta más verosímil cuando las víctimas son ajenas a la propia fe, pues se ejecutan como una obligación divina, en respuesta a demandas formuladas en términos teológicos y mandatos pretendidamente extraídos de escrituras sagradas. Reinares asume que este terrorismo de inspiración religiosa no sólo afecta a la tradición islámica sino que también se ha desarrollado en sectores fundamentalistas de origen cristiano, judío y de cultos asiáticos. En este caso, la *yihad* -guerra santa considerada como la única manera de realzar el poder y la gloria del Islam- se concreta en forma de terrorismo global contra los impíos,

acusados de ignorar conscientemente la ley divina. Ahora bien, dado el carácter asimétrico del enfrentamiento armado, el cálculo táctico precede a cualquier pulsión fanática en la decisión de recurrir a los atentados suicidas. Es decir, los atentados suicidas responden primero a una estrategia terrorista de bajo costo que a un imperativo moral de guerra santa.

¿Hasta dónde llega Al-Qaeda? es la pregunta con la que se titula el capítulo 8. Desde el punto de vista espacial, la respuesta se encuentra en capítulos precedentes donde se especifica su carácter transnacional en función de la utilización de las nuevas tecnologías de información y comunicación y los numerosos ejemplos ilustrativos de actuaciones terroristas a lo largo y ancho del planeta. Empero, desde el punto de vista temporal, este capítulo añade que a pesar de la represalia en Afganistán, la aniquilación del régimen talibán y todas las medidas tomadas para la destrucción de Al-Qaeda, ésta sigue contando con variados recursos financieros para continuar con sus actividades terroristas y por qué o recurrir al terrorismo nuclear o, en palabras del autor, producir "las bombas del Apocalipsis". De ahí que Reinares afirme que desde el 11-S lo inverosímil se ha hecho creíble. El terrorismo nuclear puede que tenga más de realidad que de fantasía. Y ante ello, ¿cómo pueden los gobiernos estatales y la comunidad internacional contrarrestar los desafíos del terrorismo global?

La respuesta militar que Estados Unidos desencadena unilateralmente no parece ser el medio más eficaz ante la configuración y amplitud de Al-Qaeda -recuérdese que consta con células permanentes y semi-permanentes de militantes adiestrados distribuidas por Europa Occidental y el resto del mundo. Por el contrario, este tipo de medida -aplicada en la intervención en Afganistán- sumado a las alianzas coyunturales con regímenes represivos no hace más que cohesionar a amplios segmentos del mundo árabe e islámico en torno a actitudes antinorteamericanas y antioccidentales además de traducirse en inestabilidad para los regímenes árabes moderados y en simpatías por Al-Qaeda.

La receta es la medida sin excesos para no menoscabar principios y procedimientos de los regímenes políticos democráticos y ¿tolerantes? -los signos de interrogación son míos-. Arguye Reinares: "El terrorismo supone una violación flagrante de los derechos humanos y es esencial

que el respeto por ellos constituya un imperativo de las medidas antiterroristas". Sintéticamente sugiere lo que Noam Chomsky: no responder al terrorismo con más terrorismo.

Como el SIDA, el narcotráfico, la contaminación ambiental, entre otros males que aquejan al planeta, el terrorismo internacional ha vuelto vulnerables a las sociedades indefectiblemente interconectadas e interdependientes. De ahí que para combatirlo sea menester una efectiva cooperación multinacional y multifuncional tanto en tareas preventivas como reactivas. Sin embargo, también lo es un diálogo intercultural e interconfesional dentro y fuera de las fronteras estatales, entre gentes de diferentes civilizaciones y creencias.

De esta última frase surge una cuestión demás controvertida: tal como se expresa Reinarés parece adoptar el concepto de "civilización en plural" y sin embargo, dicta medidas de acción específicamente a las democracias liberales, amén de incluir, como corresponde desde el punto de vista de lo políticamente correcto, a la comunidad internacional. Yo diría que más que conscientemente se acerca a una visión de "civilización en singular". Obsérvese con atención el siguiente párrafo: "...para sus adeptos más fervorosos (de Al Qaeda), la humanidad debe entenderse como dividida entre los creyentes y los demás, es decir los miembros de la umma y el resto, los paganos. Huelga decir que semejante reducción de la política a rígidas pautas de conducta determinadas por preceptos religiosos y a una imagen dicotómica de las sociedades es en sí misma incompatible con los principios y procedimientos de la democracia liberal, de acuerdo con la noción occidental de este tipo de régimen".

Sin embargo, la dicotomía y el maniqueísmo no son características solamente aplicables a los movimientos islámicos radicalizados; durante la campaña para la formación de una coalición internacional para la represalia en Afganistán, los líderes norteamericanos apelaron, y continúan haciéndolo -por no decir que lo hacen desde siempre y por siempre-, a la utilización de expresiones "con nosotros o con el enemigo", "con los civilizados o con los bárbaros", "con los fieles o con los infieles", traducidas en políticas claras que anulan cualquier margen de neutralidad no dejando más que dos opciones: o unirse a Estados Unidos o recibir el mismo tratamiento que los terroristas. El mismo

presidente Bush manifestó: "Lo que está en juego no es simplemente la libertad de Estados Unidos. Esta es la lucha del mundo. Esta es la lucha de la civilización. Esta es la lucha de todos aquellos que creemos en el progreso y el pluralismo, la tolerancia y la libertad".

Así pues, el líder de la civilización Occidental deja prácticamente igual cantidad de opciones que las planteadas por los fundamentalistas islámicos: convertirse en musulmán, vivir bajo el dominio del Islam o ser muerto. Tal como apunta Fernando Reinarés al finalizar su obra, se trata de que cualquier persona tenga siempre más de tres opciones, o por qué no decir más de dos, según la lente desde la cual miremos.

Por último, debido tal vez a exigencias editoriales respecto del estilo de redacción y el público a quien va dirigido, la obra se vuelve un relato llano de sucesos y ejemplos empíricos que no responden a una sustentación teórica explícita. Un libro que, por el renombre de su autor, de seguro ha de caer en manos de estudiosos del tema no puede dejar de hacer, cuando procede en el discurrir del texto, breves referencias o citas bibliográficas sobre cuestiones analizadas en profundidad por académicos reconocidos como: Peter Bergen, Gilles Kepel, Walter Laqueur, Mark Juergensmeyer, Ahmed Rashid, todos ellos comprobadamente consultados por el autor y que pudieran resultar sumamente útiles para quienes quisieran recurrir a la fuente de manera directa.

En contraparte, es meritorio el poder de síntesis y la concatenación de explicaciones sobre cuestiones de las cuales existe una abrumadora cantidad de información lo cual tiende a desinformar o conlleva a mal interpretaciones.

Sala Rose, Rosa, *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*. Barcelona, Acontilado Quaderns Crema, 2003, 509 pp.

Por Julio Pérez Serrano
(Universidad de Cádiz)

La derrota de Alemania en la Segunda Guerra Mundial ha sido recurrentemente interpretada, tanto en los medios académicos como en la memoria colectiva de los ciudadanos, como el triunfo paradigmático de la civilización contra la barbarie. En contraste con los Aliados, comprometidos en la defensa de principios y

valores supremos de la Humanidad, como la libertad y la democracia, la Alemania nazi habría sido vista como la encarnación del mal en la más monstruosa de las pesadillas. Occidente, en una versión interesada y simplista del término¹, habría sobrevivido al ataque infernal e inhumano del nazismo. Alemania y buena parte de Europa, que de un modo u otro había compartido la causa del Tercer Reich (v.g. Francia), podían así reconciliarse con el 'Mundo Libre', en tanto que víctimas de la locura de unos pocos. El juicio de Nuremberg, revestido de toda la liturgia procesal necesaria, se encargó de saldar las cuentas y acotar el radio de las responsabilidades. El ingreso de la República Federal de Alemania –autoproclamada heredera legítima del Tercer Reich²– en la OTAN en 1955 no es más que la prueba de la eficacia del exorcismo de Nuremberg: el diablo había salido del alma alemana..., pero se había refugiado en las estepas al Este.

La evidente flaqueza de esta argumentación no fue obstáculo para que durante décadas el nazismo haya sido contemplado como un fenómeno 'ajeno' a la cultura occidental, más vinculado al comunismo imperante en la Europa del Este, con el que compartiría su naturaleza 'totalitaria' (C. J. Friedrich, W. Ebenstein, J. L. Talmon, E. Nolte, Z. Brzezinski, H. Arendt...). Occidente conservaba así en exclusiva el patrimonio de la ilustración, la democracia y el humanismo, referencias cardinales del discurso del 'Mundo Libre' durante la Guerra Fría. La irracionalidad y la barbarie, los impulsos demoníacos, el mal en sí mismo, pasaban a ser atributos más que posibles de las sociedades de la Europa oriental dominadas por la 'tiranía' soviética. El propio Ronald Reagan justificó su política belicista –la llamada *Guerra de las Galaxias*– por la necesidad de hacer frente al 'Imperio del Mal'. En lógica consecuencia, a este lado de lo que Churchill denominó 'telón de acero', podíamos dormir con la conciencia tranquila, arropados por sólidos valores y creencias, y confiados en la bondad de nuestras instituciones. Estábamos vacunados por la experiencia del nazifascismo.

La caída del Muro de Berlín ha hecho que este discurso autocomplaciente, maniqueo y hasta cierto punto irresponsable, se quiebre. El libro de Rosa Sala, concebido y realizado en las nuevas condiciones de la posguerra fría, lo pone abiertamente de manifiesto. Su sencillo formato es sólo uno de los muchos recursos desplegados por la autora para facilitar el acceso del lector a

una problemática bastante más compleja y actual de lo que en principio su título pudiera darnos a entender. Las setenta voces de este 'diccionario', que no pretende ser exhaustivo ni enciclopédico, aunque sí 'crítico', dejan constancia de las profundas y variadas raíces ideológicas sobre las que se asienta el fenómeno del nacionalsocialismo. Como señala Rafael Agullol en un prólogo que interpreta a la perfección la intencionalidad de esta obra, "la hoguera que incendió Alemania se había alimentado en leños muy diversos y de muy diversas procedencias".

Ciertamente, durante casi sesenta años la conciencia de los europeos había descansado en la seguridad de que el nazismo nos era ajeno. Como una plaga habría azotado Europa y conmocionado nuestra civilización, pero finalmente habíamos logrado erradicarlo. Era preciso, desde luego, mantenerse alerta ante cualquier rebrote, pero ya los síntomas del mal eran bien conocidos: antisemitismo, belicismo, nacionalismo esencialista, irracionalismo, desprecio por las formas democráticas, etc. Aunque se reconocía que el régimen no era perfecto, la superioridad ontológica de la democracia había quedado históricamente demostrada.

El libro de Rosa Sala viene a perturbar la tranquilidad de este sueño y nos devuelve a la realidad. Su recorrido por la genealogía de los principales mitos y símbolos que articulan la cosmovisión del nacionalsocialismo conduce directamente, por insólito que parezca, a las fuentes de la propia 'civilización occidental', de la que éstos emanan siguiendo itinerarios más o menos escabrosos. El cristianismo, la Ilustración, el evolucionismo e incluso el espíritu científico quedan desde este punto de vista comprometidos como proveedores de algunos de los ingredientes que conforman el imaginario nazi. La idea negativa del judaísmo y el enorme peso que la liturgia adquiere en todas sus manifestaciones lo aproximan al cristianismo, aunque ello no es obstáculo para que, como religión política (E. Nolte) o secular (R. Aron), el nacionalsocialismo conecte también con el proceso de secularización promovido por los ilustrados. El racismo, que cuenta con innumerables antecedentes en nuestra cultura, se vio en el caso del nazismo favorecido por la difusión de las ideas evolucionistas en la forma del darwinismo social y por una fe en el progreso científico que, libre de prejuicios igualitarios, permitiera a Alemania el dominio del mundo. Algo a lo que, por otra

parte, con justificaciones más o menos diversas, aspiraban todas las grandes potencias imperialistas de la época.

Los tópicos del universo ideológico nacionalsocialista no eran por tanto originales ni tampoco exclusivos de este movimiento, como tampoco lo eran sus histriónicas representaciones, su machacona propaganda y el uso de la violencia con fines políticos. Todo esto, de una forma u otra, había sido ya experimentado en Europa antes de la llegada de Hitler a la cancillería del Reich. La singularidad del nazismo consistió en llevar a sus últimas consecuencias, teóricas y prácticas, la lógica competitiva sobre la que se asienta todo nuestro sistema social... y haber caído derrotado. En esa lucha, la violencia alcanzó una dimensión y una crueldad hasta entonces desconocidas, no sólo por la perversidad de su ideología, sino porque Alemania disponía de los extraordinarios medios bélicos, de represión y de control que el desarrollo tecnológico había puesto ya a disposición del Estado contemporáneo. El empleo del arma atómica en Hiroshima y Nagasaki, o los bombardeos masivos que arrasaron la ciudad de Dresde ya en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, demuestran que la devastación también podía verse justificada por la defensa de la democracia.

La otra gran aportación que contiene este libro tiene que ver con el presente y es igualmente inquietante. En efecto, el itinerario de los mitos y símbolos empleados por el nazismo no acaba en 1945. Es cierto que una buena parte de sus manifestaciones más agresivas sólo subsiste en el nivel sectario de quienes, tras la derrota de Alemania, continuaron promoviendo el antisemitismo, la fe en la supremacía racial y la cruzada anticomunista. Otras, como el terrorismo de Estado, las guerras preventivas, el imperio mediático o la violencia en el deporte, se nos antojan menos evidentes, aunque igualmente influidas por el legado nazi. No obstante, un análisis más riguroso y profundo permite reconocer la supervivencia de otros muchos elementos menos explícitos de la mitología nazi en expresiones culturales que consideramos propias de la sociedad actual, como el europeísmo, ecologismo, el culto al cuerpo, el turismo de masas, la publicidad, el esoterismo, la prospectiva o la investigación genética.

El imaginario nacionalsocialista, tamizado por la experiencia histórica, se constituye así –aunque nos aterrorice reconocerlo– en una de las variadas fuentes que alimentan nuestro universo mental. La cultura, como producto humano y social, es el resultado de un complejo y contradictorio mestizaje entre aportaciones de muy distinta procedencia que se van colmatando en un dilatado proceso temporal. Quizá por ello, por su carácter humano y por su proximidad en el espacio-tiempo, hubiese sido ingenuo creer que la herencia ideológica del nazismo hubiese podido disiparse sin más. Sus mitos y símbolos continúan estando presentes y, aunque desarticulados y subsumidos en una nueva cosmovisión, ejercen influencia en los comportamientos y actitudes de una sociedad que no siempre es capaz de identificar su genealogía. Este libro es una contribución a la memoria y también una advertencia para eludir los atajos y los cantos de sirena que pudieran volver a conducir a la Humanidad a la barbarie y la guerra. No convendría olvidar lo que se dice en este modesto "diccionario". Las consecuencias podrían ser fatales.

NOTAS

¹ Hoy rescatada por Samuel P. Huntington en su conocida obra *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Buenos Aires, Paidós, 1997.

² Según una polémica sentencia del Tribunal Constitucional alemán, Cf. García Cotarelo, R., "La República Federal de Alemania", en Lucas Murillo, P. (comp.), *Sistemas políticos contemporáneos*. Barcelona, 1984, 200.

Sánchez Recio, Glicerio y Tascón Fernández, Julio (eds.), *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*. Barcelona, Crítica, 2003, 360 pp.

Por Jesús Romero González
(Universidad de Cádiz)

Hoy llegan hasta mi mesa dos títulos recientes, ambos de Crítica, que, desde perspectivas diferentes, tratan de arrojar luz sobre algunos aspectos poco conocidos, aunque intuidos y argumentados, de ese primer franquismo. El primero, *Los empresarios de Franco*, que editan Glicerio Sánchez Recio y Julio Tascón Fernández, nos ofrece partes del cuerpo que viene a sostener una idea que ya sabíamos: el dictador necesitó de los empresarios y los empresarios, al menos algunos, necesitaron del

dictador; el segundo, *El Canal de los presos*, de Gonzalo Acosta, José Luis Gutiérrez, Lola Martínez y Ángel del Río, nos traslada hasta el bajo Guadalquivir sevillano y la construcción de un canal llevada a cabo por miles de presos políticos. Ambas historias son caras de una misma moneda, y lecturas necesariamente paralelas y complementarias para entender ese momento. Por un instante pareciera que en vez de hablar de un dictador del siglo veinte lo hiciéramos de un faraón del Egipto más estereotipado: mientras unos se benefician del sistema, no sin hacer uso de una doble moral, los esclavos, siendo objeto de una doble inmoralidad, construyen el canal -quise decir la pirámide-. Pero, pese a lo atractivo del planteamiento, mi encargo es reseñar el primero de ellos, y a eso voy.

En noviembre de 2000 se celebró en la Universidad de Alicante un seminario que bajo el título de "Política y empresa en España, 1936-1957" reunía a un destacado grupo de historiadores contemporaneistas y de la economía que asumían el trabajo de intentar reconciliar sus, a veces distantes, áreas de conocimiento. Siguiendo la presentación de los editores, les preocupaba la definición de un campo de estudio común. Y llegaron incluso a manifestar, como lo hicieran los profesores Aróstegui y Tortella, parecidas preocupaciones metodológicas: la recuperación del sujeto. Sin duda esta deuda es menor en unos que en otros, pero no está de más que se corrija el rumbo por ambas partes. De aquellos debates surge hoy este libro, en el que a lo largo de catorce trabajos se analizan las relaciones que durante ese periodo establecieron los políticos del régimen con los empresarios.

La vida de quienes nos encontramos aproximadamente en la mitad de la misma está en buena medida influenciada por los casi cuarenta años en que el pequeño dictador sustrajo al país de la normalidad democrática que le correspondía. No sé si será el hecho de haber contado en mi infancia con las horas larguísimas en que mis padres nos contaban sus, ahora cómicas, desventuras durante aquellos años; no sé si serán las veces que más tarde de estudiante me acerqué al tema; o no sé si será, quizás todo junto, la pervivencia de muchos de aquellos vicios en los días que habitamos. Lo cierto es que aquel tiempo está, en líneas generales, presente en nosotros. Nos faltan datos concretos, nombres y fechas, lugares y razones, pero dado el escenario en el que surge (un país

destrozado por la guerra sobre el que los vencedores pasan el rulo de las más arcaizantes formas de entender la convivencia, en el marco de una Europa que se precipita, sin haber entendido nada, en nuestra misma sinrazón) no resulta difícil adivinar, a grandes rasgos, lo que ocurrió, aunque esto de adivinar el pasado carezca de reconocimiento de mérito alguno.

La guerra civil y el primer franquismo, entendiéndolo por esto los diez o quince primeros años del régimen, truncaron el lento pero continuo crecimiento económico que España venía registrando en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. El balance negativo de esos años pone en evidencia las dificultades internas de los nuevos gobernantes para solucionar una situación que quedará marcada por el racionamiento y el mercado negro. Ni el control de los precios ni el acusado intervencionismo puesto en práctica pudieron resolver el hambre y la miseria de los humildes. Lejos de ir a mejor, el fin de la guerra europea inició nuestro aislamiento internacional, consagrado con hechos como el cierre de la frontera francesa o el recomendado boicot diplomático al régimen sugerido por Naciones Unidas. La autarquía, así, condena más que camino, se convertía en nuestra versión castiza de la *splendid isolation*.

Los cincuenta, particularmente desde el cambio de gobierno del 51 y el comienzo, poco más tarde, de las negociaciones con los Estados Unidos, supondrán un significativo cambio de tono que permitirá iniciar una recuperación que enlaza a la postre con el oportuno Plan de Estabilización y Liberación Económica del verano del 59. Y si dios nos lo dio, san Pedro nos lo bendijo. La nueva orientación económica nacional se sostuvo, además, con las cada vez más generosas vías que supusieron las transacciones económicas, las remesas enviadas por los emigrantes, los flujos de capital y la entrada de divisas por turismo.

Las aportaciones de Glicerio Sánchez, Francisco Comín y Pablo Martín Aceña, Albert Carreras y Eugenio Torres tratan cuestiones generales relativas tanto a las estrategias empresariales de adaptación a las nuevas circunstancias políticas, como de la incursión gubernamental en el mundo empresarial. A esa trama le dan cuerpo los trabajos sectoriales de Gabriel Tortella y José Luis García (la banca), Rafael Anes (el Banco Herrero y el desarrollo de Asturias), Carlos Barciela (el lobby agrario y el Servicio

Nacional del Trigo), Gregorio Núñez (las empresas eléctricas), Moisés Lordén (los constructores y promotores inmobiliarios, en Madrid y Gijón), Roque Moreno (la industria del calzado), Pere Ysàs (el caso de los empresarios catalanes), Manuel González Portilla y José María Garmendía (el mercado negro y la corrupción), Joám Carmona (la minería del wolframio) y Julio Tascón (la presencia del capital extranjero).

Que la instalación del régimen necesitó desde sus inicios del apoyo de distintos grupos sociales es evidente. Destacan el ejército y la iglesia, además de otras minorías que no podemos considerar representativas de la sociedad española que, en su conjunto, mostró más bien un amplio y generalizado disenso puesto de manifiesto en los estrechos escenarios en los que pudo escapar a la censura y a la prohibición. Entre esas minorías podemos situar a los empresarios, un grupo que ha ligado tradicionalmente su fortuna a la necesidad de libertad y estabilidad económica pero que se adapta, de la misma forma, a situaciones irregulares y difíciles. Y esas eran las características de la economía española del final de la guerra civil y primeros años cuarenta. El empresariado, de corte ideológico liberal, por definición, creó redes de intereses a distintos niveles donde integró a buena parte de la clase política gobernante. Los municipios, las instituciones provinciales y los ministerios se convirtieron en el lugar donde los representantes nombrados, que no elegidos, confundieron los intereses nacionales con los privados, asignando obras y compras públicas, habilitando al ejército y, en ocasiones, formalizando esa situación de conveniencia por la vía del matrimonio.

La necesidad franquista de un tejido empresarial suficiente llevó al propio Estado a convertirse en empresario. Si bien en un primer momento mostró algunas reservas a este hecho, prefiriendo que fuera la iniciativa privada la que atendiera los frentes necesitados de la economía nacional, la falta de respuesta dio paso a la creación en 1941 del Instituto Nacional de Industria. Su función era doble: sostener la autarquía y nacionalizar la defensa. Respecto a la primera, la capacidad de inversión y productiva del gigante alcanzaron destacados logros en sectores como la energía, la metalurgia o los transportes. El segundo objetivo, perseguido y cantado a lo largo de la edad contemporánea, siempre había sido postergado ante los argumentos presupuestarios. El INI,

ajeno a estas cuestiones y primando las de carácter político, atendió también las construcciones militares. Se convertía así el Instituto en la referencia de la gran empresa española. A su sombra se crearon nuevas sociedades y encontraron cobijo otras. Tras procesos de nacionalización, estatalización y naturalización empresarial se dio la vuelta a un panorama que antes de la guerra se caracterizaba por la existencia de grandes empresas privadas españolas y extranjeras. Buen ejemplo de todo ello, donde se recogen ambos extremos, nos lo ofrece la Sociedad Española de Construcción Naval, una empresa de capital mixto hispano-británico creada en 1909 para la reconstrucción de la escuadra, actividad que desarrollaría ininterrumpidamente hasta la guerra. Tras el conflicto se le incautaron los arsenales y se indemnizó el capital extranjero. El resultado fue una nueva Naval de capital nacional y dedicada a las construcciones mercantes.

La intervención del Estado, como en el caso anterior, bien por medio del INI, bien a través de la legislación, creó distintos paraguas bajo los que el empresariado supo buscar las ventajas que cada situación les proporcionaba. No faltaron tampoco las críticas frente a la competencia de las empresas públicas. Pero hubo en general una buena adaptación al marco legal reforzada por el acercamiento personal a los círculos políticos decisivos (también hubo casos en los que la operación fue al revés, traer al político a los consejos de administración de las empresas). A veces este segundo factor se convirtió en primero, trasluciendo, según los casos, plenas identificaciones ideológicas de empresarios y políticos.

Todos las aportaciones que componen el libro son magníficos estudios que pormenorizan nuestro conocimiento sobre aspectos que, como decía al principio, son fáciles de intuir pero difíciles de calibrar en su justa medida. Contamos ya, pues, con un exhaustivo trabajo donde la investigación nos ofrece un acercamiento bastante aproximado a las relaciones que se establecen entre el mundo empresarial y el franquismo durante sus primeros lustros. Explican extensamente las razones del estancamiento económico de aquellos años y la formación de redes a la sombra del poder: unas creadas desde la legítima defensa de unos intereses corporativos, otras desde las quedades corruptas que el régimen permitió.

Por otra parte, tanto la iniciativa del seminario como la de la edición deberían servir como invitación para que el esfuerzo no se quedara aquí. Y me consta que es así. Tal vez, son los historiadores económicos los que se afanan por parecer contemporaneistas y éstos los que se ocupan del trabajo de los primeros. Si esa debe ser la conclusión, no será mala, aunque bien estaría que se concretaran campos de estudio comunes y foros donde los préstamos de unos y otros enriquecieran, sencillamente, el conocimiento histórico.

Se puede observar cierta descompensación en el índice debida a su propia naturaleza. Y que no sólo parte de la extensión de cada trabajo, sino de la dificultad de hacer confluír las distintas líneas de investigación en torno a unos mismos objetivos. Cada uno de los artículos podrían ser, por sí solos, tema de varios volúmenes. Se cubre así, en distinto grado, sus ambiciosos objetivos iniciales: análisis de los apoyos que desde el mundo de la empresa, financiera e industrial, se hacen al régimen; análisis de la creación de redes de interés compartidas por empresarios y políticos; conocer la participación de unos y otros en los consejos de administración y las distintas instituciones del régimen; y el estudio del apoyo internacional. Quizá sea por este orden en el que se consiguen. En cualquier caso, y aplaudiendo el esfuerzo, veo aún lejos el también propósito inicial de llegar hasta el 'sujeto', al que se baja (¿o se sube?) en muchas de sus páginas.

Cada capítulo va seguido por una bibliografía básica sobre el tema. Se opta por llevar todo el aparato crítico al final del libro, lo que dificulta una lectura extensa de cada artículo, sobretodo cuando las citas se convierten, como es el caso, en un material tan jugoso e ilustrativo. Algunas erratas e imprecisiones cronológicas, y no es la del INI, extensamente justificada en sus páginas, como la de la fundación de la Naval, que se sitúa después de la Gran Guerra, no restan brillantez a un libro que viene a convertirse en referencia obligada de quienes estudian el periodo desde el doble análisis de la historia contemporánea y la económica.

Quedarme, por último, con la foto de portada, que agradezco, y que forma parte de la colección de 270.000 negativos que posee el Fondo Fotográfico del Archivo Histórico El Dique. En ella se ve las instalaciones del astillero gaditano de Puerto Real, una factoría con 125 años de existencia y decana de la moderna construcción

naval española. Aunque en el texto sólo hay ligeras referencias a ella, como no podía ser de otra forma, su dilatada vida nos muestra multitud de situaciones empresariales, pudiendo ejemplarizar a la perfección el caso de las grandes empresas españolas durante el franquismo.

Terzian, Yervant; Bilson, Elizabeth (eds.), *El Universo de Carl Sagan*. Madrid, Cambridge University Press, 1999, 336 pp.

Por Rafael Gómez Sánchez
(Universidad de Sevilla)

Cada vez estoy más convencido de que incluso en los lugares más insospechados pueden encontrarse importantes fuentes de satisfacción intelectual. Hace poco, mientras desayunaba en una cafetería, y sin proponérmelo, me vi envuelto en una charla sobre ciencia. Suelo evitar los temas típicos, como el fútbol o el estado meteorológico local, así que a priori la conversación se presentaba bastante seductora. Tuve la suerte de encontrarme frente a una interlocutora reflexiva, con ganas de presentar buenos argumentos, importantes dosis de escepticismo y, sobre todo, sentido común. A pesar de la temprana hora, me propuso sopesar los pros y los contras de la evolución de la ciencia, haciéndome dudar si los grandes avances a los que ésta nos tiene acostumbrados realmente merecen la pena, conseguidos a costa de serias consecuencias sobre la salud de nuestro planeta, en serio peligro desde el punto de vista climático, ecológico y demográfico. "[Y sin embargo,] ¿cuántos de nosotros estaríamos vivos si no hubieran existido los antibióticos [...] y el resto de la parafernalia de la medicina moderna?", apostillé en aquel momento.

Salvando distancias, con este estilo podría haber comenzado cualquier texto de divulgación de Carl Sagan. Así de sencillo. Partiendo de alguna situación cotidiana, como aquel inolvidable paseo en taxi en su libro *El Mundo y sus demonios*, el genial escritor nos invita a compartir su fascinación por la capacidad del hombre para comprender el Universo: "somo materia estelar" o "una evolución cósmica de quince mil millones de años que ha transformado la materia en vida y consciencia, haciendo posible que el Cosmos se interrogara acerca de sí mismo", sin duda bellas definiciones que quedaron para la historia y, por supuesto, para su uso por parte de aquellos que

hemos seguido con entusiasmo el trabajo de Sagan.

Desde el principio comprendió que "la ciencia es crucial para la toma de decisiones juiciosas en una sociedad tecnológica (o en cualquier sociedad avanzada)", por tanto, un vehículo para el desarrollo y mejora de la humanidad misma. Desafiando al mundo académico más ortodoxo, se convierte en el profesor y divulgador científico más conocido del siglo XX que, junto a sus funciones en la Universidad de Cornell y su papel clave en el programa espacial estadounidense, dedica parte de su tiempo a hacer la ciencia más accesible a la gente de a pie.

Fue el 28 de septiembre de 1980 cuando, por primera vez, aquel astrónomo, conocido por haber asesorado a los astronautas de las misiones Apolo, se asomaba a las pantallas de televisión con el objetivo de hablar al gran público acerca de las maravillas de la inventiva humana. La serie *Cosmos* fue todo un hito en audiencias por su novedoso estilo de explicar el desarrollo de la vida, la civilización y la ciencia sobre la Tierra. Desde entonces, ha ido contagiando a miles de personas en todo el mundo de aquella especial fascinación por la ciencia, llegando a surgir como consecuencia una verdadera legión de *saganianos*.

Y ésta es la razón de ser del libro a reseñar. En 1994, la Universidad de Cornell organizó un simposio en honor de Sagan coincidiendo con su sexagésimo cumpleaños. Las veinticuatro ponencias presentadas –y convenientemente revisadas para la ocasión– se recogen en este volumen como merecido tributo a la memoria del genial científico, que falleció apenas dos años después. La asistencia fue plena: investigadores, compañeros, alumnos y lectores de todo el mundo llenaron las salas de conferencia, desde donde se hizo un justo recorrido al trabajo de Sagan en sus distintas vertientes.

El primer bloque de artículos se dedica a la exploración planetaria, un campo en el que Sagan ha sido protagonista desde los primeros comienzos. No en vano él ha sido asesor científico de numerosas misiones de la NASA, como la serie Apolo o las sondas Pioneer y Voyager, los primeros ingenios humanos en atravesar las barreras del Sistema Solar.

Durante toda su obra, siempre se ha referido al afán explorador del hombre y su papel como motor de desarrollo de las civilizaciones. Así, compara los navegantes occidentales de mediados del milenio pasado con la actual exploración del espacio, indicando los respectivos caminos hacia sus particulares "épocas renacentistas". Los modernos buques de la época equivaldrían a lo que ahora son las naves espaciales: el desarrollo de aquella tecnología naval implicaría no sólo una disminución de los costes de movilidad --lo que permitió el acceso a nuevas fuentes de materias primas y una expansión de la población, y de la propia civilización occidental-- sino un desarrollo técnico-científico sin parangón; el cual, como inevitable consecuencia, conllevó verdaderas revoluciones sociales. En la conquista del espacio puede estar la clave de la siguiente etapa de la Historia de la Humanidad.

Bastaría con echar un vistazo al pasado reciente para darse cuenta que las sociedades o grupos que tienen acceso a los avances científicos y tecnológicos, y los aplican correctamente, juegan con ventaja respecto a los que se quedan anquilosados fuera del progreso. Como humanista, Sagan comprende desde el principio que hay que fomentar un espíritu científicamente "progresista" para asegurar esa correcta aplicación de los avances, apostando por un futuro mejor donde, en última instancia, se asegure la propia supervivencia de la especie.

Muchos de los problemas actuales del Planeta, no sin gran parte de razón, se atribuyen al desarrollo tecnológico; sin embargo, éstos suelen surgir principalmente de la ignorancia: a priori, el hombre no suele ser consciente de los "efectos secundarios" de sus tecnologías. Por ejemplo, cuando comenzó la revolución industrial, nadie se planteó el efecto de las emisiones de dióxido de carbono sobre la temperatura global. Es, por tanto, necesario un conocimiento exhaustivo de nuestra geología y de los agentes que modelan nuestro clima para poder identificar actuales "causas" de futuros "efectos". Todo esto sólo es posible mediante un desarrollo correcto de nuestros conocimientos que, además, necesitan del estudio de otros cuerpos celestes para comparar y adquirir nueva información desde las que desarrollar nuevas teorías científicas.

En este sentido, la exploración planetaria es vital. Excepto Plutón, a día de hoy todos los planetas del Sistema Solar han sido visitados por

ingenios humanos. Al encontrarse algunos de aquéllos en un estado similar al de la Tierra primigenia, la información obtenida está permitiendo conocer más sobre nuestro propio planeta. Antes de que llegase ninguna sonda a Venus o Marte, Sagan ya había predicho los respectivos climas de ambos cuerpos celestes, correspondientes a un efecto invernadero extremo o a una desertización global. En cierto modo, estos planetas pueden ser un reflejo del destino aterrador que puede esperarle al nuestro si no ponemos medios.

Fue necesaria la llegada de Darwin a las islas Galápagos para establecer una teoría que sentase las bases de la biología moderna, a partir del estudio de especies no existentes en la vieja Europa. La analogía consecuente es bien sencilla: para comprender la vida en la Tierra es necesario buscarla en otros planetas, otros mundos. De este asunto trata el siguiente bloque de artículos.

Sagan dedicó parte de sus esfuerzos a la búsqueda de vida extraterrestre, desde la microscópica a civilizaciones complejas. ¿Es la vida algo singular en el Universo o, por el contrario, es un fenómeno corriente casi obligado en cualquier sistema planetario? La exploración espacial puede llegar a hacernos replantear nuestro concepto de vida. De hecho, la sonda robotizada Viking obtuvo resultados no concluyentes en los experimentos que realizó en 1976 acerca de la existencia de vida microscópica en Marte. En próximas exploraciones, de encontrarse una simple proteína en el Planeta Rojo, podrían incluso corroborarse algunas atrevidas teorías como las que sostienen el intercambio de bases de la vida entre Marte y la Tierra en sus primeras etapas de existencia a través de meteoritos, cuando aún existía atmósfera en aquel planeta. Sólo es cuestión de que llegue a Marte su particular *Beagle*.

El otro extremo, la búsqueda de vida inteligente, es quizás el aspecto que más pasiones levanta en el público en general. Incluso pseudociencias como la ufología, se alimentan de la esperanza de que los científicos de las agencias espaciales descubran "algo" en un futuro no lejano. La interpretación interesada de "luces en el cielo" o "testimonios" de particulares sin pruebas objetivas no tienen cabida en el método científico, pudiéndose comparar con las creencias en brujas y demonios de épocas pasadas. Si existen seres inteligentes fuera de la

Tierra quizás desarrollen tecnología, pero no es necesario un "platillo volante" para que la técnica extraterrestre nos visite.

Las primeras emisiones de radio con potencia suficiente como para escapar de nuestra atmósfera datan del primer tercio del siglo XX. La primera señal de televisión en salir de la Tierra correspondió a la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936. Realizando una sencilla resta podremos saber a cuántos años-luz se puede actualmente "televisar" aquel evento. Inevitablemente, cualquier civilización con la suficiente capacidad tecnológica, que se encuentre a una distancia inferior a la calculada, ya conoce de la existencia de Adolf Hitler.

Puesto que las leyes físicas que gobiernan las ondas hertzianas son universales, es de esperar que aquellas civilizaciones también hayan utilizado el electromagnetismo como medio de comunicación; en tal caso, sus particulares ondas de radio actualmente nos estarán "visitando". Los proyectos SETI consisten en "escuchar" a nuestro alrededor, en el espectro de frecuencias más amplio posible, para localizar señales de origen artificial y no-humanas a través de inmensas "orejas" que apuntan al espacio, como el radiotelescopio de Arecibo (Puerto Rico) de 350 metros de diámetro.

La búsqueda, hasta ahora infructuosa, se plantea en cualquier caso esperanzadora: la capacidad de rastreo, al estar informatizada, crece según la misma Ley de Moore que nos indica el aumento exponencial en la potencia de cálculo de los ordenadores. La consecuencia última y deseable sería la localización de alguna fuente extraterrestre de señales de comunicación.

Vivimos en un sistema planetario que depende de una estrella de lo más corriente en nuestra galaxia, incluso los sistemas de observación astronómica más avanzados nos están permitiendo identificar sistemas planetarios muy parecidos al nuestro. Si las leyes del Universo son precisamente universales, ¿qué no va a impedir que también se haya desarrollado en uno de aquellos planetas algún tipo de vida con capacidad tecnológica? Definitivamente, dejaríamos de ser la única especie inteligente del cosmos.

Son tantos los motivos para mirar con recelo a la ciencia. Los grandes logros de ésta, en su mayoría beneficiosos para la Humanidad, exigen

como tributo un ejercicio de modestia, en cierto modo, "bajarnos de la nube". Partimos como centro indiscutible del Universo, axioma que desmontó Copérnico; para luego abandonar el estatus de "seres especiales de la Creación", gracias a la teoría de la evolución y, más tarde con la genética, el descubrimiento de que toda la vida terrestre tiene una base química común. Y ahora se pone en duda la singularidad de nuestra inteligencia.

Carl Sagan y Ann Druyan plantean "la cadena de las grandes degradaciones" donde cada nuevo descubrimiento científico, cada acercamiento a la verdad objetiva, degrada el concepto chauvinista que el ser humano tiene globalmente de sí mismo. Nos alejan cada vez más del paraíso de la ignorancia, de aquella "prisión de máxima seguridad" donde nos está vedado probar fruto alguno del árbol de la sabiduría. Lo que nos hace distintos como especie no es ser el centro de nada, sino la capacidad de interrogarnos con objetividad y la dosis correcta de escepticismo.

En una sociedad supuestamente moderna, donde se rinde culto a la electrónica de consumo y a la inmediatez de la información que nos proporcionan las nuevas tecnologías, nos encontramos con la paradoja de un creciente alejamiento ante la ciencia y la técnica en el ámbito de las comunidades sociales y políticas, quizás, como respuesta autoinmune a las "degradaciones" que nos impone la propia ciencia; lo que a su vez explicaría la creciente popularización de las pseudociencias, el misticismo y la magia. Aún en pleno siglo XXI muchos son quienes se dejan seducir por la superstición y las ciencias populacheras, llevando a mezclar el ejercicio del conocimiento humano con la ignorancia. En la calle, habitualmente se confunden astronomía y astrología, ciencia y pseudociencia. Lo más grave del asunto es la tendencia, denunciada por Sagan, de muchos conocidos políticos que plantean decisiones de estado a astrólogos y charlatanes.

Pero ciencia significa conocimiento, ¿acaso podemos negar las evidencias que cada día nos aporta el método científico? El tercer bloque de artículos del volumen que nos ocupa se dedica a explicar la importancia de enseñar correctamente la ciencia a todos, algo siempre defendido por Sagan que, como ya fue señalado, le supuso ser criticado en los círculos académicos más puristas.

No se trata de conseguir una sociedad de *Einsteins*, sino de fomentar el mismo espíritu crítico y escéptico, el que define a la ciencia, que nos permite tomar decisiones de forma libre, haciendo a las personas menos manipulables, en definitiva, menos vulnerables. Precisamente, "los métodos de la ciencia se pueden usar para mejorar los sistemas sociales, políticos y económicos".

Efectivamente, la sociedad, la política y la ciencia van de la mano, cuestión a la que se dedican los últimos capítulos del libro. La ciencia y la tecnología son factibles de ser utilizadas de manera interesada por algunos gobernantes, incluso con aparentes buenas intenciones de cara al público, puesto que "cuando la investigación científica proporciona unos poderes formidables, son ciertamente terribles para naciones y líderes políticos falibles. Aparecen muchos peligros: los científicos, por ejemplo, pueden perder la objetividad. La única protección contra un mal uso de la ciencia y la tecnología suele ser el debate abierto y vigoroso. Puede ser que la pieza crítica de la argumentación sea obvia y muchos científicos o profanos la podrían aportar siempre que no hubieran represalias por ello".

Una postura escéptica, que reclame hechos y pruebas tangibles en base a un espíritu crítico, se vuelve aún más necesaria cuando se producen choques de intereses, como suele ocurrirles a nuestros representantes políticos: el eterno dilema de aplicar medidas populistas para obtener supuestos beneficios a corto plazo -y votos- o las consecuentes de una reflexión seria y ponderada para obtener beneficios reales a largo plazo. En teoría tenemos derecho a pedirles responsabilidades, "sin embargo, con el descenso del nivel de la educación, la decadencia de la competencia intelectual, la disminución del entusiasmo por un debate sustancial y la sanción social contra el escepticismo, nuestras libertades pueden irse erosionando lentamente y nuestros derechos quedar subvertidos". Es fácil ser manipulable cuando no se aplica un pensamiento libre y crítico.

La ciencia, por tanto, es la única luz que nos podemos permitir como guía para alcanzar un mundo más justo y coherente, en comparación con el actual. Cosa que Sagan, siempre desde una perspectiva objetiva, intentó hacernos comprender.